

Crónica de ambos Mundos

REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS, INDUSTRIA Y COMERCIO.

AÑO II.

MARTES 10 DE SETIEMBRE DE 1861.

NÚM. 17.

ADVERTENCIA.

Nuestro deseo de que todo el papel del tomo perteneciente á este año sea en un todo igual, y las dificultades con que tropezamos para conseguirlo han retrasado la publicacion de este número.

La composicion de los sucesivos hasta los del corriente mes está terminada, y verán la luz inmediatamente.

SUMARIO.

La apertura de las Cortes. — Los archivos napolitanos, — Ca usas de la igualdad en España, por D. Julian Manuel de Sabano, — El comercio, por D. Juan Bautista Cantero. — Vulgaridad y nobleza, cuadros de costumbres populares por Fernan Caballero, por D. Eleuterio Gonzalez de la Mota. — Los campesinos. — Viaje del capitán Burton á los lagos del Africa central y á los manantiales del Nilo. — Revista de Madrid.

LA APERTURA DE LAS CORTES.

La apertura de las Cortes, ese verdadero acontecimiento en todo país regido constitucionalmente, embarga con preferencia la atencion pública.

La importancia y gravedad de los sucesos que han ocurrido durante el interregno parlamentario, y de los que se espera que de grado ó por fuerza dé amplia cuenta el gobierno á la representacion nacional, aumenta el interés que la apertura despierta.

La rebellion de Loja, las conspiraciones de otros puntos de Andalucía, los misterios de las negociaciones con el imperio marroquí, la cuestion de Venezuela, el nuevo y gravísimo giro que ha tomado la de Méjico, el estado en que se hallan las relaciones con la corte de Turin á consecuencia de las dificultades que se han suscitado á propósito de la entrega de los archivos de los consulados napolitanos á los italianos, y los asuntos de altísimo interés en el orden interior que quedaron pendientes al suspenderse las sesiones, puntos todos acerca de los que no ha podido el país ilustrar su conciencia, y que no están, en su virtud, juzgados por él, por haber vedado todo debate sobre ellos en la prensa, una de las mas duras persecuciones de que se hace mérito en los anales de la imprenta periódica, hacen, en

efecto, que se espere con verdadera ansiedad el momento de saber lo que hay acerca de todos esos extremos.

Mas de dos meses hace que estalló el movimiento insurreccional de Loja, y no han cesado todavía las comisiones militares establecidas en aquel punto de dictar sentencias condenatorias. Los condenados á la última pena, á cadena, á presidio, á deportacion, se cuentan por centenares; aquel pueblo y sus inmediatos sienten aun los efectos de la conmocion que les hizo sufrir la rebellion; las clases conservadoras de todo el país no han desechado todavía la alarma que el alzamiento de los partidarios del albeitar de Loja les produjo; todos desean conocer las tendencias, el carácter, los orígenes y las consecuencias de un suceso tan grave. Habiendo estado prohibidos los debates sobre él, se desconocen completamente la mayor parte de esos extremos, y se cree que ha llegado el momento de dar cuenta de ello al país y de que manifieste el gobierno la manera con que se ha conducido. para que pueda ser juzgado convenientemente, segun lo que las prácticas constitucionales aconsejan, así él como esos no despejados sucesos.

En medio del mas tenebroso silencio ha pasado por muy distintas faces la cuestion marroquí, en que tan interesada se halla la dignidad nacional. La persecucion mencionada ha hecho que el país ignore cuales han sido y el estado en que en la actualidad se encuentra. Se habló primero de negativas terminantes de los marroquíes á pagar la indemnizacion; se anunció despues por los órganos del ministerio que en vista de aquella actitud del gobierno de Marruecos, se habia convertido en perpétua la posesion de Tetuan; se echaron á volar mas tarde especies de un cambio de esa plaza por un puerto de la costa del Occéano; se dijo que habian fracasado esas negociaciones; se aseguró que habian comenzado de nuevo las referentes al pago; que la posesion de Tetuan no era perpétua, como se habia anunciado, sino que continuaba siendo temporal; que la Gran Bretaña intervenia en el asunto para garantir y aun pagar la indemnizacion, quedándose en cambio con Tánger; y finalmente, hemos visto llegar á esta corte una embajada del emperador de Marruecos. En medio de tantos rumores contradictorios, de tantas noticias vagas é incoherentes, el país está en la mayor ignorancia de lo que realmente sucede, y el gobierno se ha complacido en conservarlo en ella. Al ver acercarse el momento de poder pedir por medio de sus representantes las esplicaciones

que se han negado á la prensa periódica, no puede ser mas justificada su inquietud.

De los asuntos de Venezuela no ha tenido el país mas que dos noticias. La de los agravios hechos á España y la retirada de nuestro representante y la del tratado que segun parece se acaba de celebrar. Ambas son tan incoherentes, está tan ajena la segunda de lo que era de esperar en vista de la primera, que la aclaracion del enigma es no menos imperiosa que en la cuestion anterior.

La de Méjico acerca de la que esquivó el gobierno esplicaciones en la legislatura anterior y que fué una de las razones que tuvo para suspender precipitadamente las sesiones, ha tomado tantos colores que se halla la nacion en la mayor de las perplejidades para resolver si ha de apoyar ó combatir al gabinete en el propósito que tiene de intervenir de acuerdo con otras potencias en los asuntos de aquel país para obtener las satisfacciones debidas. A la expulsion de nuestro embajador siguieron los anuncios de los diarios del gobierno de que este se mostraba resentido y exigia satisfacciones; á ello sucedió el estrepitoso asunto de la destitucion que daba á entender que lejos de apoyar condenaba el gabinete al representante y que separaba su causa y la del país de la personal del Embajador volvió hablarse de negociaciones, se tuvo de viaje por espacio de algunos meses á un señor Lafuente que tan pronto estaba en camino, como en París, como en Nueva-York y Madrid para dar amplisimas esplicaciones á España, y al que sin embargo nadie ha visto y cuyo paradero se ignora; y por último, de la noche á la mañana se dice que se trata de llevar la guerra á la república mejicana y que España obra de acuerdo con la Gran Bretaña y con Francia; pero nada mas se sabe; el país ignora la causa de esos cambios, los motivos de esa guerra, las razones que han determinado esa alianza.

El mismo misterio, la propia falta de datos y noticias hay acerca del no menos grave asunto de los archivos napolitanos, que han estado á punto de producir una ruptura entre España é Italia, y cuyo estado actual se ignora con grave detrimento de las consideraciones que á una nacion se deben, y del derecho que le asiste de saber cómo se dirigen sus relaciones exteriores.

Finalmente, el gran número de cuestiones de política interior que quedaron sin resolver en la anterior legislatura, y que lejos de haber una solucion en la marcha del gabinete, y de haber sido enlazadas por este en el interregno parlamentario, continúan envueltas en el tupido velo de los secretos ministeriales, y que versando, como essabido, en puntos tan importantes, como la reforma de la reforma constitucional, la sustitucion de la legalidad vigente en materia de imprenta por otra algo mas favorable aún que la actual á las miras ministeriales, y que no pueden, por lo tanto, menos de escitar la pública atencion, y sobre las que es de esperar que dé alguna luz el discurso de inauguracion, los de los ministros en los debates que suscite la redaccion de la contestacion á este, ó algun otro incidente parlamentario.

Asuntos de otra índole hacen tambien mas solemne el comenzamiento de la legislatura. Los desengaños que la conducta del gobierno sembró en la anterior en sus numerosas y entonces bien disciplinadas huestes, y la manera con que, sobre exacerbar las oposiciones, han producido una segregacion completa del seno de la mayoría de gran número de diputados y una coalicion entre ellos de los antiguos residentes y los grupos oposicionistas puros y moderados. Todos los bandos que hallan inconveniente en la política del gobierno, se han unido para combatir con mas éxito; y á la gran batalla presidencial, seguirán otras en las que se disputará con ahinco la victoria. El gobierno que, lejos de intimidarse, cree que es cada vez mas poderoso con el apoyo de su causa, que juzga unida á la de la política y el bien del país, se propone aceptar francamente la lucha y el espectáculo de un Congreso unánime, que por solo el influjo del trascurso del tiempo, se ha convertido en un semillero de rencillas y de desavenencias, y que está para resolver la cuestion de su existencia ó la del gobierno en la legislatura que empieza, es lo suficientemente importante para que no atraiga la pública atencion.

Al interés que envuelven las cuestiones pendientes, hay que añadir, por lo tanto, el de esta otra; la nueva legislatura aparece, no tan solo como un tribunal donde han de fallarse á nombre de la nacion gravísimas cuestiones, sino como el campo donde han de darse una batalla decisiva el Gobierno y las Cortes actuales, de la que uno de los dos ha de salir sin vida.

LOS ARCHIVOS NAPOLITANOS.

Grave cuestion diplomática es la que nos ocupa, porque se refiere en general á los derechos y obligaciones que tiene una nacion en su trato con las demás, y en particular á las relaciones de España con el nuevo reino de Italia. Cuestion que ha sido tratada en las columnas de los diarios políticos con la pasion y el color propio de los partidos, pero no con la frialdad y mesura que debe presidir siempre al exámen de los complicados asuntos que surgen del derecho internacional.

Esa es la razon que nos ha movido á ocuparnos de ella en nuestra Revista, como seguro asilo al que no llega jamás la voz enconada de las banderías políticas, y como tranquilo recinto en que sosegada y científicamente podemos tratar de cuestiones, que si se rozan con la marcha del gobierno y pertenecen por lo tanto á la actualidad, pueden servir de precedentes para casos análogos, y serán por lo mismo del dominio de la historia.

Vea mos, pues, cómo ha surgido esa cuestion y analicémosla con detenimiento.

Cuando la Italia meridional se mostró agitada por la idea de la unidad, cuando los esfuerzos del Piamonte, la presencia de Garibaldi y sus soldados, las gestiones de la Inglaterra, el auxilio ó complicidad de la

Francia, y el cansancio con que veían los ánimos la conducta poco razonable de la dinastía reinante en las Dos-Sicilias, hizo que Francisco II abandonase el trono de Nápoles y se refugiase en Gaeta, como último baluarte en donde podía defender su cetro y su corona; los cónsules napolitanos residentes en las costas de Levante hicieron entrega de sus archivos á los cónsules españoles, que representantes de una potencia amiga, fueron elegidos para custodiarlos.

La causa de semejante entrega no fué otra que el temor que abrigan los cónsules napolitanos de que si la resistencia de Francisco II concluía y el Piamonte entraba por fin á poseer de hecho al menos, el reino de las Dos-Sicilias, reclamaria los archivos de los consulados para sus agentes y caerían en sus manos, no solo los papeles y documentos que á los particulares se referían, sino algunos otros políticos y de interés para la dinastía espulsada.

A muy poco los sucesos vinieron á confirmar los temores de los cónsules napolitanos, porque rendida Gaeta, fugitivo Francisco II, y dueño el Piamonte de sus Estados, cesó la representación de aquellos en las naciones amigas de Victor Manuel, y en las que sin serlo, como España, habían prometido guardar una completa neutralidad.

Ningun conflicto nació entonces para nuestro gobierno; la entrega de los archivos napolitanos se había verificado antes de ser dueño el Piamonte de las Dos-Sicilias, y en esa época pudo España con toda libertad aceptar el depósito que se la confiaba. Ninguna reclamación podía hacérsele, y en efecto el nuevo gobierno italiano nada dijo, ni nada reclamó. En ese mismo tiempo de la rendición de Gaeta quiso Francisco II transmitir á España la propiedad de los pocos buques de guerra que le quedaban fieles, pero consultado nuestro gobierno por su embajador, contestó que no podía aceptar esa transmisión que le espondría á disgustos sin cuento y á serios compromisos en lo porvenir. ¡Acertada resolución digna de aplauso y notable precedente para lo sucesivo!

Un nuevo incidente surgió poco después con motivo de los pasaportes estendidos por el gobierno de Victor Manuel que se titulaba rey de Italia, cuando nuestro gobierno no le había reconocido como tal, y en este incidente; teniendo en cuenta el interés de los particulares, se prescindió por completo del título de rey de Italia, y nuestros cónsules, embajadores y autoridades recibieron órdenes para no poner dificultades á los italianos que viajasen por los dominios españoles.

Citamos todos estos hechos muy importantes y notables, porque ellos demuestran que nuestro gobierno estaba animado de los mejores deseos, para no producir conflictos ni complicaciones diplomáticas que redundarían en perjuicio de los particulares, y aunque su enemistad contra el nuevo gobierno de Italia era manifiesta, la acallaba y ocultaba siempre que ocurrían casos como los que dejamos reseñados.

Pero llegó por último un día en que un cónsul de los nombrados por el gobierno napolitano en Portugal, viéndose en la necesidad de entregar su archivo

por varias veces reclamado, hizo la entrega á un cónsul español y se presentó el conflicto diplomático que hasta entonces había evitado nuestro gobierno.

En efecto, el nuevo cónsul nombrado por Victor Manuel reclamó el archivo, el cónsul español de acuerdo con el ministerio de Estado, se negó á entregarlo, el baron Tecco representante de Italia amenazó con retirarse, cruzáronse notas y comunicaciones diplomáticas entre los gobiernos de Turin y de Madrid, y ambos países siguieron con visibles muestras de ansiedad los variados incidentes de este importante asunto.

Ahora bien, antes de pasar adelante ocurre preguntar, ¿quién tenía la culpa de semejante conflicto? y examinar con imparcialidad la conducta observada por las partes que en él intervinieron.

La culpa toda fué sin duda alguna del cónsul napolitano, bien que no creemos tuviese el ánimo decidido de crear un embarazo ó disgusto diplomático al gobierno de Victor Manuel, que sustituía al de Francisco II.

El cónsul napolitano, al verse obligado á entregar su archivo vió que ponerlo en manos de Francia, Inglaterra ó Portugal era lo mismo que entregarlo á Victor Manuel, porque esas tres potencias habían reconocido el nuevo orden de cosas establecido en Italia, y eran mas ó menos decididas adversarias del rey caído. Pudo entregarlo á Rusia, Prusia ó Austria, pero prefirió hacerlo á España único país que, proclamando una neutralidad absoluta, había sabido conservarla en mayor grado que otra cualquiera potencia.

No impide este pensamiento que atribuimos al cónsul napolitano, que podamos considerarle como fuente del conflicto, porque su deber en el estado á que habían llegado las cosas, era hacer entrega de sus papeles y documentos, al menos los que á los particulares se referían, á los nuevos cónsules de Victor Manuel. Si Francisco II había entregado su reino, ¿por qué un cónsul no había de hacer lo mismo con su archivo? Nada prejuzgaba esa entrega: hubiera sido un hecho mas, y al llevarlo á cabo el cónsul napolitano habría demostrado que tenía en cuenta ante todo el interés de los italianos que de otro modo se perjudicaba notablemente.

Pero la falta del agente de Francisco II no excluye la gravísima cometida por el gobierno español, que desde luego se prestó á recibir el funesto legado que le entregaban. El deber de la neutralidad proclamada, el interés de España, la prevision para el porvenir, y hasta los precedentes que en la cuestión podían invocarse, todo aconsejaba á nuestro ministro de Estado, rehusar un depósito sin importancia para empeñarse en adquirirle, y ocasionado á continuos y gravísimos disgustos.

Pero lo que no se hizo cuando Francisco II pensó en entregarnos los buques que poseía en Gaeta, se hacía ahora tratándose de unos papeles insignificantes, y nuestro gobierno sordo á las reclamaciones del de Turin, invocaba para escusarse la misma neutralidad que había desoído y menospreciado al aceptar el archivo, causa del conflicto.

En este estado las cosas y ante la amenaza formal que el gobierno de Víctor Manuel hacia de romper sus relaciones diplomáticas con España, nuestro gobierno atemorizado, propuso someter la cuestión al arbitraje de la Francia, recurso pobre, mezquino y de deplorables resultados. Por que ó el gobierno español creía firmemente que había obrado bien al aceptar el depósito confiado á sus manos ó no. Si lo primero debía de sostener con firmeza sus creencias y opiniones sin retroceder por mas amenazas que se le hicieran; si lo segundo deber suyo era reconocer su error, y salvar lo difícil de la situación haciendo una espontánea y voluntaria entrega que además de ser justa, sería muy habil y diplomática congraciándose á tan poca costa las simpatías de una potencia nueva, joven, llena de porvenir, y que parece predestinada á tener gran fuerza é influencia en la política futura de la Europa. Por desgracia ninguno de estos caminos tomó nuestro gobierno y tímido, indeciso y vacilante, como toda su política, sometió la cuestión á la Francia, continuando la serie no interrumpida de sumisiones que hace tiempo observan nuestros gobernantes con el vecino imperio, y haciendo además juez de los hechos á una potencia amiga, aliada y intimamente unida á Víctor Manuel.

Bien pronto conoció su error nuestro gobierno al observar las proposiciones del francés, reducidas á recibir el archivo de manos de la España para entregarle *in continenti* al rey de Italia. ¿Merecía esta solución la pena de haber promovido un conflicto, de haber llamado sobre él las miradas de la Europa, de haberse indisputado con los italianos, y de no dar gusto siquiera al desposeído Francisco II? Creemos sinceramente que no, y pensamos que semejante resolución iba á dar al mundo una tristísima idea de los recursos de nuestra diplomacia que por lo mismo que fué en un tiempo la primera de Europa, era necesario que volviera por su buen nombre. Por eso, puso también nuestro gobierno obstáculos al arbitraje de la Francia, de tal modo, que cansada esta, ha contestado no hace muchos días que no piensa intervenir para nada en el asunto, y que puede nuestro gobierno salir como mejor le parezca de la difícil situación en que se encuentra.

Hé aquí según nuestras noticias el estado de la cuestión que nos ocupa, de la cual no podemos adivinar como se desembarazará nuestro gobierno.

Nosotros por su buen nombre, por interés de nuestra patria, por que vemos la situación amenazadora de la Europa, y estamos avocados á una próxima lucha en las aguas del golfo mejicano le aconsejaremos que deje á un lado el amor propio personal: que reconozca que ha cometido un error disculpable, en la situación difícil en que con respecto á Italia se encontraba, y que procure evitar á toda costa nuevos disgustos y complicaciones.

La conducta observada en el asunto de los pasaportes puede servirle de ejemplo, entonces en interés de los particulares se decidió á admitir los que á

nombre del rey de Italia se le presentaban, ¿por qué ahora ha de desatender el interés de esos mismos particulares, negándose á hacer entrega de un archivo que ninguna importancia política tiene?

Cuando sucesos tan graves é importantes se amontonaron en el horizonte de la política europea, ¿por qué no hemos de resolver todas aquellas cuestiones enojosas que pueden comprometer nuestra libertad de acción para el porvenir?

Si ya no hay consules napolitanos, si los nuestros no pueden hacer sus veces, y si legal ó ilegalmente solo los nombrados por Víctor Manuel, ejercen sus funciones, ¿qué cosa mas natural que dejarles espedita su jurisdicción por mas que todavía no se reconoce?

La unidad de la Italia, y la monarquía de Víctor Manuel en ella, sino de derecho tenemos que reconocerla de hecho, ¿por qué pues nos negaremos á reconocer *de hecho* también la autoridad de sus consules? Haciéndolo así el Sr. Ministro de Estado nos evitará una complicación diplomática, restablecerá la interrumpida armonía entre nuestro gobierno y el de Turin, y sobre todo atenderá á la voz de la justicia y de la equidad siempre digna de respetuosa veneración, y que ahora piden con insistencia que no se veje ni perjudique á los italianos que se encuentran en la precisión de residir en nuestras provincias y que son en su mayor parte extraños á las cuestiones políticas que se debaten entre su gobierno y el nuestro.

Además, conviene no olvidar que la tardanza en resolver este asunto, puede producir en él nuevas complicaciones. Sirva de ejemplo la del colegio de San Clemente de Bolonia, que seguramente no hubiera nacido ó sería insignificante, si nuestro Gobierno no se hubiese apresurado en un principio á resolver con amistosa benevolencia el conflicto, entonces naciente. No se hizo así; las declamaciones de los órganos ministeriales en la prensa, en vez de calmar los ánimos irritados, exaltó la irritación, y el Gobierno de Víctor Manuel aprovechó la primera ocasión que se le presentaba para demostrar el enojo que la conducta del gobierno español le producía.

No sabemos lo que el porvenir guarda para España, pero son tan críticas y azarosas las circunstancias de la Europa, que es un deber en un gobierno previsor y amante de la patria, procurarse buenas relaciones diplomáticas con todas las potencias, evitando los disgustos que surjan de hecho, que en nada afectan á la dignidad del país, y que agriándose con el tiempo, pueden convertirse en graves y dolorosas cuestiones internacionales que nos atraigan la enemistad de quien podía causarnos profundísimos disgustos.

A.

CAUSAS DE LA IGUALDAD EN ESPAÑA

Háse dicho, y frecuentemente se repite, que España es el país de la igualdad. No conocemos una frase que con tanta precisión, exactitud y propiedad haya simpatizado el carácter de todo un pueblo. Dicese que Francia é Inglaterra son, aquella la patria de la libertad, y esta la cuna y patria de todas las libertades; y sin embargo, habría mucho que decir de la libertad inglesa y no poco que reír de la libertad de los franceses. Bien pudiéramos presentar títulos muy altos, pruebas irrecusables de que la libertad española, es mas antigua que la inglesa y de una antigüedad casi mitológica, respecto á la francesa. Rojos por el tiempo, estaban ya los pergaminos de los fueros de Sobrarbe, cuando se escribió en pergamino blanco, la *Charta magna* de Enrique Plantagenet, y hacia muchos siglos que la libertad era el soplo divino que vivificaba y encendía la sangre de astures, cántabros, vascones y aragoneses, cuando nació el primer sajón que se creyó y proclamó libre. Nada diremos de Francia, donde la libertad es planta tan nueva, que apenas ha logrado todavía que las raíces prendan y se afirmen algun tanto en su suelo. Once años no mas hacia, que en París se habia plantado el primer árbol de la libertad, cuando las primeras tropas francesas que penetraron en España en 1804, dieron un gran rodeo para saludar presentando sus armas y descubriéndose la cabeza, al árbol de Guernica, simbolo de mas antiguas y puras libertades. Aquel roble, contaba cuatro siglos de existencia, y habia sido plantado en el mismo sitio en que anteriormente se alzaba otro que no contaba menos edad, el cual á su vez, habia sustituido á otros, cuya historia se perdía en la noche de los tiempos.

Mas no es por hoy nuestro ánimo hablar del aboleng, y nobilísima prosapia de la libertad española, ni exhibir sus títulos de progenitura sobre las de otros pueblos: cúmplenos solo tratar, ó mas bien, hacer algunas indicaciones en lo concerniente al rasgo mas característico, al que particulariza mas la fisonomía del pueblo español: á la igualdad. Cuando en el rostro de un hombre advertimos una cicatriz, ó un rasgo que le distingue de los demás hombres, se apodera de nosotros un vivo deseo, una irresistible curiosidad por averiguar el origen de aquella cicatriz, las causas eficientes de aquel distintivo. Observamos en el pueblo español una cualidad que le distingue esencialmente de los demás pueblos, que pudieran llamarse de su misma raza, que han tenido idéntico origen, habitan en suelo parecido al suyo, bajo un sol y en un clima exactamente igual, que han tenido y tienen muchas de sus costumbres, y se hallan, por último, sujetos á los mismos accidentes físicos y morales: ¿por qué, pues, no ha de llamar nuestra atención y escitar, cuando menos, nuestra curiosidad, tan singular fenómeno? y ¿por qué no habrían de ser de grande interés las observaciones que pudieran hacerse sobre puntos tan esenciales, como son todos los que se refieren á la vitalidad de un

gran pueblo? ¿Se ha pensado, por ventura, en las consecuencias que se deducirían de semejante estudio? Durante una larga série de siglos vieron los hombres con la mas absoluta indiferencia, caer de los árboles la fruta ya madura, que desprendían las ramas; nació Nevolón, cayó una pera á sus pies, meditó profundamente el filósofo acerca de aquel sencillo acontecimiento, y dió por resultado el descubrimiento de las leyes de gravedad. A un gran químico se le ocurre meditar de una manera que el mundo habria calificado de ridícula, acerca de una función natural; y ese químico descubre el fósforo. Un génio mecánico observa primero distraído, luego con atención y por último con avidez una olla que hierve y cuyo vapor hace saltar la tapadera; y aquella observación de un ocioso dá al mundo el invento del vapor. ¿Por qué no habia de producir grandes resultados en el orden político y social un estudio profundo de las causas de la igualdad en el pueblo español?

Hemos dicho que la frase «España es el país de la igualdad» sintetizaba el carácter de todo un pueblo, y ahora añadiremos que no conocemos nación alguna en que con una sola frase, se haya definido la cualidad mas dominante entre todas las que le caracterizan, con tanta energía como la igualdad del pueblo español, se ha definido en el solo título de uno de sus mas célebres dramas *Del Rey abajo ninguno*. Hé aquí el carácter de todo un pueblo, personificado por el poeta Rojas en su gran tipo, Garcia del Castañar. Tal vez no falte quien vea, aun en esa misma frase, cierto sello de servilismo al colocar al Rey á tan incommensurable altura, demostrando en ello que la nación española tiene de antiguo hábitos de sumisión ciega, de obediencia pasiva, de abdicación absoluta, de su dignidad y hasta de su albedrío en aras, obsequio y servicio del que tiene en su mano el poder, reconociendo de esta manera una ó mas clases superiores á él, y como consecuencia la existencia de las gerarquías sociales, una especie de institución de castas.

Error es este en que algunos han incurrido por falta de una atenta observación: precisamente la institución real en España, es el símbolo y garantía de la mas absoluta igualdad. Precisamente porque nadie en el pueblo español quiere reconocer en otro superioridad de ningún género, es por lo que ha sido tan fuerte el trono de todos sus monarcas: nadie quiere reconocer en otro esa superioridad, y por eso quiere que haya una institución que á todos los haga iguales y que se halle á igual distancia de todos. En España se vé con indiferencia que cualquiera con merecimientos ó sin ellos llega hasta el primer escalon del trono; mas si su desvanecimiento le llevase hasta el extremo de querer, no ya sentarse en ese trono, sino poner el pié en ese primer escalon, entonces no le bastarian los mas altos merecimientos para librarse de la ira nacional y caería entre la indignación de los unos y las carcajadas de los mas. ¿Con qué derecho, preguntaría el que se cree el último de los españoles ó en la escala de nuestra sociedad, si así podemos es-

presarnos; con qué derecho sube ese hombre á donde no he podido subir yo? ¿Por qué no he de subir yo adonde él sube? Entre él y yo, ¿quién ha establecido esa diferencia? Por esto y porque España es, en el buen sentido de la palabra, el pueblo mas democrático de la tierra, no podrá nunca haber aquí verdaderas revoluciones; todas se encontrarán con la igualdad establecida de muchos siglos, y vendrán á convertirse en motines ó en desórden pasajero y momentáneo.

Digase cuanto se quiera de los Reyes y de la institucion del trono, es una necesidad imperiosa de nuestra organizacion, de nuestro carácter, de nuestros hábitos; la exige nuestra igualdad como un elemento de nivelacion general. *El Rey manda en sus alcabalas*, se decia antiguamente, y con esta frase se designaba su abstraccion completa de la vida y accion del individuo, y el prescindimiento que parecia hacerse de su intervencion en los asuntos de los pueblos, demostrándose así que en el pueblo español habrá de todo menos de abyeccion y servilismo. Esto en cuanto al Rey, en cuanto á las relaciones del pueblo con el poder supremo.

Por lo que hace á las relaciones de individuo á individuo, era inútil buscar en el nacimiento y fortuna títulos de superioridad sobre ninguno. En España ha habido siempre atencion, deferencia, pero nunca bajeza: todos se han creido con el derecho de ser respetados, pero á condicion de corresponder con el respeto: nadie ha considerado su posicion como un título para humillar al que pasaba á su lado, ni ha creido que debía sufrir menosprecio del poderoso: el mas pequeño se ha tenido por igual del mas alto y encumbrado. El mas oscuro y modesto de nuestros campesinos, el mas humilde de nuestros artesanos, el mas deferente y respetuoso, levanta erguida y con indomable altivez la cabeza cuando otro pretende imponerle su voluntad á título de superior por nacimiento y por fortuna: *soy tan noble como el Rey*, era la frase con que en otros tiempos apostrofaba al poderoso el que no tenia mas fortuna que sus brazos y su trabajo, y con aquella frase humillaba al que pretendia abatirle, y se encumbraba sobre él, poniéndose en dignidad á la altura de un monarca: *soy tan caballero como el primero*, se dice hoy, y de esta manera se levanta la cabeza al nivel de la que mas quierá sobresalir: no hay en España mas nobleza que la honradez, ni se apellida villanos sino á los que se han deshonorado con sus propias acciones. En España no hay clase alta, media ni baja: el último hijo del pueblo sube por sus merecimientos á lo que se llama Grandeza de primera clase, y el mas altivo Grande de España tiene á mucha honra sentarse en el Congreso ó en el Senado junto al hombre cuyos padres araron la tierra y vistieron el traje de labradores, y que no tiene mas títulos y diplomas que el nombre del bautismo y el apellido vulgar ó poco conocido de sus padres.

Sin advertirlo estamos demostrando que en España existe la igualdad, tarea inútil cuando no hay quien por un solo momento pueda ponerlo en duda.

¿Cómo se ha formado ese espíritu de igualdad nacional? ¿Qué causas han contribuido á impedir que entre nosotros naciese, ó á que muriese al nacer el feudalismo y la institucion de clases, que tan robusta vida adquirieron en otras naciones? Hé aquí nuestro asunto.

Bien pudiéramos remontarnos á muy antiguos tiempos, para buscar en ellos el origen ó cuando menos una de las causas de la igualdad española: á la invasion de los godos y su establecimiento en la Península ibérica. Aquellas feroces é indómitas tribus, aquellos hombres hijos de las montañas del Norte y de las profundas y sombrías selvas de la Germania, traian consigo además de la independencia de carácter que dá el aspecto y la relacion íntima con una naturaleza solitaria y salvaje, costumbres altamente democráticas, hijas de su organizacion medio social, medio nómada y de la vida á que estaban acostumbrados. La pureza de sus costumbres les hacia comprender mejor que nada su propia dignidad, y al compararse física y moralmente con los habitantes del viejo y caduco imperio de los Césares de Roma, conocian su superioridad y se consideraban una raza destinada á la conquista, al dominio sobre los demás. Este sentimiento era comun á todos y por lo mismo no reconocian otra superioridad que la del mérito personal, cifrándola muy principalmente en el valor y la fuerza muscular; mas no podian reconocerle en el que careciese de aquellas cualidades, siquiera descendiese de quien las habia poseido en el mas alto grado. De ahí el sistema electivo para tomar un Rey ó uno ó mas caudillos: de ahí que no se reconociesen razas ó familias de dignidad hereditaria; de ahí la igualdad ante el superior y ante su voluntad, única ley en las sociedades primitivas.

Traian además los godos otro poderoso elemento de igualdad y de verdadera civilizacion. Envueltos en sus trajes de pieles, montados en agrestes y fuertes caballos, con la espada al cinto, el hacha, el arco y las flechas á la espalda, llevaban consigo y á la grupa un elemento, que los romanos nunca hubieran podido imaginar que formase la mitad de la existencia de un hombre y menos de un soldado: la mujer. La mujer acompañaba al godo, no para el vicio, sino para la fortaleza: era lo que debe ser, para lo que fué creada; complemento del hombre. Acompañábale en las marchas, en el campamento y en el combate, peleaba con él y con él repartia el botin de la victoria: al establecerse en el territorio, al hacerse propietario, esa costumbre se convirtió en una ley, que era el premio y el estímulo de los afanes y concurrencia de la mujer: en la ley de gananciales. Con ella se establecia ó mas bien en ella se revelaba la mas absoluta igualdad en el matrimonio: establecida en esa institucion, tronco de la familia, la igualdad tenia que pasar y pasó á la sociedad, agregacion de familias y á los individuos que las componian.

En la sociedad goda el elemento era la igualdad. Ciertamente que en los Concilios de Toledo, en los cuales aparece esa raza legislando, se usa algunas veces y en leyes muy importantes, tales como las relativas

á la eleccion de Rey; la palabra *Canalla* aplicada al pueblo, ó mejor dicho, á una parte del pueblo. Mas no lo es menos que aquellos altivos legisladores se dirigian á una nacion, habitada en gran parte por una raza vencida y degradada, ó que tenian razon para considerar como tal; á ellos se aludía en aquella depresiva palabra y no á la raza conquistadora, á la raza que consideraban pura, á la raza goda. Cual era el verdadero carácter de los llamados *optimates*, que podriamos llamar *los mejores ó los muy buenos*, no es facil definirlo con exactitud, por mas que sea racionalmente de suponer que de haber seguido aquella organizacion social, habrian llegado á constituir una alta clase, tanto mas poderosa cuanto mayor era su antigüedad: habrian sido verdaderas familias patriicias, separadas por un abismo de la clase general ó sea el pueblo.

Llegó la irrupcion árabe, y en ella pereció, como en una inundacion, la antigua sociedad, todavia híbrida, de godos y romanos. Si en el primitivo carácter y costumbres de los primeros habria un poderoso gérmen de igualdad, la invasion árabe vino á infiltrar en la sociedad española, nuevos y mas vigorosos elementos que hacian imposibles las grandes desigualdades sociales. Todo habia perecido en aquel inmenso naufragio, sobrenadando y salvándose solo una espada y una cruz. Alzase esta en las montañas de Asturias, semejante al arca que en los montes de Armenia se ostentó salvando los únicos restos de un mundo anegado en las ondas, y al desenvainar Pelayo su espada para defenderla, no llama á los *optimates* ni á ninguna raza privilegiada, sino á cuantos amen á su patria y quieran morir por ella y por su Dios. Desde aquel momento las dos causas no son mas que una: los enemigos de la patria son los enemigos de Dios: ya no hay clases que dominen: los esfuerzos de todos se dirigen á un fin comun; á reconquistar tierras donde plantar la cruz y espulsar de todas partes á los infieles. El mas valiente en el combate, el mas perseverante en la defensa, es proclamado el mas noble, el mejor: el mérito es personal: el nacimiento no ilustra á nadie, sino en cuanto es digno del padre que le engendró, si habia sido esforzado en pelear. La gran prueba de que no habia nada hereditario en punto á títulos de superioridad, es que no existia el vínculo tradicional, que se llama apellido y que es de siglos muy posteriores. Cada uno llevaba el sobrenombre de sus hazañas ó cualidades personales. No habia gerarquias, porque existia una cruz, ante la cual se postraban todos, y una doctrina que los aclamaba á todos iguales, por ser hijos de mi padre comun, hijos de Dios. El elemento religioso era el mismo social, y ese elemento era de absoluta igualdad: el Rey hacia públicamente penitencia y vestia el saco y se cubria de ceniza, como el último hijo del pueblo.

Andando los tiempos, ese mismo estado de guerra permanente y la prosperidad de las conquistas viciaron el primitivo espíritu, y empezó á crearse cierta aristocracia hereditaria, que no por carecer de títulos sonoros era menos poderosa, pues tenia todo el influ-

jo de la riqueza y de la fuerza material. Sin embargo, el pueblo protestaba constantemente contra ella de la manera que podia y le negaba la fuerza y autoridad que necesitaba para alcanzar larga y robusta vida. Mientras los grandes señores territoriales aspiraban á la dominacion, el pueblo personificaba todas sus glorias, y cifraba sus mas halagüeñas esperanzas en un hombre, cuyos progenitores no habian tenido mas fortuna que su espada; y á ese hombre le apellidaba el Señor por escelencia, le llamaba *Cid*.

Empezaba á caer el poderio de los señores y á su lado, como un contrapeso que casi llegaba á anularlo, nacia y se fortificaba la fuerza legal del pueblo, representado en sus municipios, en sus concejos. Para un Señor que diese fuero ó legislacion escrita á una villa, habia cien concejos que presentaban sus cuadernos de leyes al Rey, para que les diese la sancion de su autoridad. El Rey Alfonso X, justamente apellidado *el Sabio*, dá un código inmortal que establece la mas absoluta igualdad para todos, y á pesar de la oposicion de los señores territoriales y de las guerras que ocasionó, acabó por triunfar dando un golpe mortal al poder de los que podriamos llamar *Grandes*.

Ibase formando sobre muy anchurosa base y por una feliz reunion de causas, el poder popular y con él la igualdad social, cuando despues del severo Alfonso XI, viene la espada niveladora del rey D. Pedro, que á todos los hace iguales ante su tremenda pero salomónica justicia.

Aquel pueblo, que vé á su Rey derribar las cabezas de los soberbios y de los opresores, sin perdonar á su misma sangre; que le vé prescindir de categorías y estados, saltando por encima de todo para establecer la justicia en favor de los desvalidos; siempre en campaña contra los tiranuelos y usurpadores; levantando á las mas altas dignidades, al mas humilde, y abatiendo de un golpe al mas poderoso; aquel pueblo no podia menos de formar una idea muy pequeña de la nobleza, al ver cuán fácilmente se prosternaba ante la voluntad de un Rey, á quien la justicia y el espíritu de igualdad hacian omnipotente.

Muere aquel Rey, víctima de una traicion y de un execrable asesinato, y su sucesor Enrique II, para cubrir en lo posible la mancha de aquel nefando raticidio, colma de mercedes á los que le habian ayudado en sus criminales empresas y dilapida su reino, distribuyéndolo entre sus mas allegados capitanes. Nace con ello una nueva y opulentísima nobleza, que se entrega á todas las demasias fácilmente comprensibles en los que de pronto se han encumbrado á donde ni aun en sueños podian imaginar. El escándalo llegó á su colmo, mas no por eso habia desaparecido la idea de la igualdad en la gran masa del pueblo, ni del poder que este prestaba á sus monarcas. De otra suerte no podria comprenderse cómo Enrique III, nieto de Enrique II, niño todavia, hubiera podido atreverse á un golpe tan rudo y decisivo, como el que descargó sobre aquella altiva y sibarítica nobleza, cuando en el famoso banquete, que pudiéramos llamar de les *Veinte Reyes*, les presentó al verdugo con el hacha y á sus hombres de armas como muestra del poder con que

reclamaba sus derechos de Rey, y el fruto de inmerecidas recompensas y de escandalosas usurpaciones.

La muerte de aquel monarca, permite á la alta nobleza recobrar su perdido ascendiente, en los desastrosos reinados de Juan II y Enrique IV, hasta que la grande y esclarecida Reina Isabel la Católica hace brillar de nuevo la justicia y levanta al pueblo de su postracion. Sus admirables leyes tienden á abatir por depronto, y á destruir para lo sucesivo la soberbia de aquellos potentados. Impide aunque indirectamente, la reconstruccion de las fortalezas en que los grandes señores buscaban un asilo contra el poder real, y desde entonces desaparecen aquellos alcázares de la arbitrariedad y del despotismo feudal: manda que todos residan en la corte, y de esta manera debilita y enerva su fuerza, dejando sus tierras á cargo de colonos, que naturalmente habian de mirar mas á su interés que á fomentar los de sus señores, y haciendo que perdiesen casi todo su ascendiente sobre sus antiguos vasallos: establece la *Santa Hermandad*, símbolo al mismo tiempo que auxiliar de la justicia real, y azote de todo linaje de malhechores; permite fundar mayorazgos sobre pequeña renta, y esto con un fin político, con el de generalizar la nobleza y anular con ello la fuerza de la antigua: y dá, en fin, otras muchas leyes á robustecer el poder real y comunicar aliento y vida al pueblo, en contraposicion á la nobleza. De esta fecha data la nobleza titulada, habiendo solo dos casas que cuenten algunos años mas, muy pocos, de antigüedad y que no se remontan mas que al año 1445. Es el oropel que sustituye el oro, el nombre á la realidad, la sombra al cuerpo. Desde entonces queda sin vigor ni poderío alguno la alta nobleza, consagrada únicamente á aumentar el brillo y fastuosidad de la corte. Si algo faltaba para completar su destruccion como clase, encontráse lo que faltaba en la voluntad férrea, en la indomable energía de un fraile franciscano, en lo que se ha llamado el *cordón democrático* del monje-cardenal, Fray Francisco Gimenez de Cisneros.

Se vé, pues, que el pueblo español, á quien hemos presentado indentificándose con las coronas de Leon y de Castilla por no dar mas estension á este artículo, pues otro tanto y aun con mas razon hubiéramos podido decir de las de Navarra y Aragon, vino hasta conseguir con la union de las coronas y espulsion de los árabes la completa unidad nacional, no conquistando su igualdad, sino manteniéndola y robusteciéndola con el auxilio de sus Reyes. Ciertamente es que el emperador y rey Carlos V, no fué muy propicio al verdadero pueblo español, dando por el contrario grande ascendiente á la nobleza titulada, y muy principalmente á la extranjera en los primeros años de su reinado, lo cual ocasionó la guerra de las comunidades y la muerte de sus principales caudillos; mas en cambio su hijo y sucesor Felipe II, por una singularidad que tal vez él mismo no advertiria, al paso que suprimia hasta con saña todas las libertades, contribuia poderosamente á que se arraigase mas la igualdad en sus dominios. Aquel Rey, celoso de su dignidad real hasta

la exajeracion mas inconcebible; frio como el mármol ante el acatamiento de los grandes y poderosos; reservado, sombrío, severo hasta la crueldad para con ellos; que no permitia que al hablarle le mirasen á la cara, sino que lo hiciesen con las dos rodillas en tierra y con la frente humillada hácia el suelo; aquel monarca, tan altivo con los grandes, era afable, benigno y hasta familiar con los pequeños, especialmente con los labradores, en cuyo trato cifraba sus mayores delicias.

Por este tiempo ya, empezaban á influir otras causas que contribuyeron á consolidar en el pueblo español el sentimiento de la igualdad, y de las cuales nos haremos cargo en otro artículo.

JULIAN MANUEL DE SABANDO.

EL COMERCIO.

El comercio es la fuente de la riqueza de las naciones, porque facilitando la venta de sus productos, fomenta las manufacturas, la agricultura y las artes.

El origen del comercio se pierde en el caos fabuloso de la antigüedad; pero es de creer, al menos así debe suponerse, que no ha habido ningun pueblo, donde no se haya hecho uso de él. Hasta entre los salvajes era conocido, puesto que hacian cambios entre sí, y todo el mundo sabe que cambiar un producto por otro, es comerciar y vice-versa.

Los fenicios fueron los primeros que arribaron á nuestras costas, llevándose estaño y otros metales en cambio de sus mercaderías. Pero sin querer entretenernos en buscar el origen, ni hacer la historia del comercio, tarea por demás larga y fatigosa, vamos á concretarnos por ahora á definirle clara y esplicitamente, tratando de hacer patentes sus ventajas, y rechazando los numerosos ataques que en todos tiempos se le han dirigido, porque es cosa sabida y dicho vulgar, que el comerciante roba siempre cuando vende. Absurdo atroz que solo se comprende pudiera existir entre los pueblos bárbaros; pero que por desgracia se acoge con entusiasmo por las naciones de la Europa civilizada, porque halaga en cierta manera las imaginaciones ignorantes é incapaces de explicarse ni comprender ciertos fenómenos económicos.

El comercio no es como se ha pretendido, un elemento parásito. Muy al contrario; desempeña un papel muy importante en la produccion de la riqueza,

Se ha sostenido y hay quien sostiene, que allí donde no existen comerciantes no puede haber comercio. El comercio es una cosa tan general y tan necesaria, que abraza, por decirlo así, la serie de todos los cambios, base en la cual se fundan todas las sociedades.

Aun cuando no hubiese moneda, ese agente intermediario tan buscado hoy en el mundo civilizado, habria comercio porque el cambio es una cosa indispensable á la humanidad. Lo que resultaria, dado este caso, es que se harian las transacciones sin el auxiliar de que hoy nos servimos. Los productos se cambiarían directamente, con mayores dificultades, es cierto, pero con igual beneficio.

No hay industria alguna que pueda existir por sí sola sin el auxilio de los cambios. Entiéndase que hablamos en

un sentido general, y que no sentamos el principio como absoluto, porque ciertamente un hombre puede llegar, sin el auxilio de nadie y ayudado solo por la fuerza física y la inteligencia, á cultivar un campo; pero entonces tendrá él mismo que consumir todos los frutos ó tirar los que le sobren. Hé aquí por qué ni aun la industria agrícola puede existir sin el cambio, y mucho menos una industria manufacturera que necesita indispensablemente del comercio para procurarse las materias primeras. De modo que el comercio no solo es necesario á todas las industrias en general, sino que se halla estrechamente ligado á ellas, y siendo, si se nos permite la frase, el motor principal de la gran máquina productora, ninguna industria puede funcionar sin él.

Generalmente, las operaciones comerciales consideradas bajo un punto de vista demasiado estrecho, reducido en demasía, han sido calificadas de parciales por abrigarse la errónea creencia de que en todo cambio una de las dos partes sale perjudicada. Se ha pretendido que allí donde encuentra uno beneficio tiene necesariamente que resultar pérdida para el otro; otros han sostenido que los dos contratantes ganan, puesto que cada uno de ellos se procura el objeto de que tiene necesidad.

La primera teoría es falsa. Poco se necesita para demostrarlo, á la verdad, y nos contentaremos con decir que fué la que dió lugar, ó mejor dicho, la que engendró la llamada teoría mercantil sobre cuya base se estableció la balanza del comercio, universalmente reconocida como equivocada é inútil.

Para refutar la segunda teoría, bastan también pocas palabras, porque si fuera verdad que las dos partes salen gananciosas, la pérdida y el beneficio no existirían, lo cual es imposible, y por lo tanto el razonamiento que combatimos nulo.

La verdad es que en todo cambio hay equivalencia de valor. Porque el comerciante, como el industrial, aumenta el valor de la mercancía, es decir, que también contribuye al aumento de la riqueza social. Mucho se tardó en llegar á conocer el modo con que este fenómeno se verificaba. En efecto, á la simple vista, ninguna diferencia se nota entre una pieza de paño de Tarrasa, saliendo de la fábrica, y otra pieza igual en el almacén de un mercader de Madrid.

Los discípulos de Quesuay que negaban á las manufacturas la propiedad de crear nuevos valores ó de aumentar para la sociedad los ya creados, no podían ciertamente atribuir esta propiedad al comercio.

Todos han creído que el comercio consistía esencialmente en el cambio, siendo así que en lo que principalmente consiste es en colocar el producto á mano de los consumidores. El cambio es la consecuencia, es un accesorio. Y en esto sucede lo mismo que con la industria manufacturera que en su esencia consiste en cambiar la forma de los productos, y accesoriamente los vende después.

Todos los economistas, excepto Verri, han descuidado lo esencial, fijándose mas que nada en lo accesorio. No han notado que la sola variación de sitio en la pieza de paño, era un cambio de forma figurado, y que en su nuevo estado tenía un valor nuevo comunicado por servicios análogos á los que prestan la agricultura y las artes. Estos servicios, en el caso presente son: los adelantos que exigen el empleo de un capital, los trabajos de diferentes agentes, como co-

misionistas, armadores, carreteros, cargadores, mercaderes por mayor y otros: los servicios prestados por diferentes máquinas ó útiles, barcos, carros, caballos, cajas, cuerdas, etc. No se ha notado, repetimos, que el valor añadido ó aumentado por estos diferentes trabajos, y que basta para pagarlos, es un valor verdaderamente creado y que proporciona verdaderos beneficios á las personas de cuyos servicios se ha hecho uso.

En cuanto á los que creen que el comerciante ni sus agentes producen nada, porque consumen un valor igual al valor que han añadido á la mercancía, les contestaremos que no por haber sido consumido deja de haber existido el producto. Todo valor creado tiene necesariamente que consumirse, pues el objeto principal de la producción es el consumo. Si no fuese así no habría creación de valores, y del cultivador que consume todas las cosechas de sus tierras, se podría también, como del comerciante, decir que no ha creado ningún valor, y por lo tanto que sus terrenos nada han producido, lo cual carecería completamente de fundamento, porque es claro y evidente que una familia no puede vivir del aire. Cada uno vive de lo que produce. Y desde el momento que un individuo puede vivir y consumir, sin deber nada á nadie es incontestable que vive con el valor que ha creado. Luego si esta verdad no ofrece duda respecto á la agricultura y á las demás industrias, es también indudable, sin disputa, por lo que toca al comercio.

Y como creemos que esta demostración, con la que están conformes los principales y mas reputados economistas, no admite réplica, no nos parece del caso estendernos en consideraciones mas detalladas, ni descender á pormenores que no pueden servir sino para aquellos á quienes es completamente extraña la ciencia económica.

El comercio supone, desde luego, el principio de la propiedad, del cual nos hemos ocupado en uno de nuestros anteriores artículos, porque nadie puede cambiar sino aquello que posee, y segun las circunstancias y la importancia de la cosa ó cosas, objeto del cambio, el comercio se hace de viva voz ó por escrito, pues es un hecho esencialmente propio del hombre.

Pero la mayor ventaja que ofrece el comercio, la que con mas justicia debe atribuírsele por ser indudable, es la de contribuir á facilitar la división del trabajo, la cual se circunscribe mas ó menos, segun la mayor ó menor facilidad que ofrece la venta de los productos.

Porque cuando un fabricante produce, es preciso que tenga la seguridad de poder enagenar sus mercancías, y cuanto mas se produce, mas se multiplican los cambios, y mayor número de mercados se abren para facilitar la venta.

En un país en que no hubiese comercio, la división del trabajo sería completamente imposible, la sociedad no existiría sino en el nombre, dado caso de que existiese; y cada individuo se vería obligado á trabajar por su cuenta y bastarse á sí mismo. Es decir, que no habría ninguna clase especial de productores, y el hombre tendría á un tiempo que cultivar su campo, edificar la choza, fabricar sus vestidos y procurarse por sí mismo todos los objetos necesarios á su subsistencia sin recurrir para esto mas que á la naturaleza, como hacen los salvajes en América, y como representa J. J. Rousseau á la sociedad segun el bello ideal

que nos pinta al retratarnos la felicidad de que gozarían los hombres viviendo en el estado natural.

Al principio, el comercio no fué sino un simple cambio de objetos que se hacía entre las tribus vecinas; pero desde el momento que la vida empezó á concentrarse en las ciudades, los cambios comenzaron á adquirir una importancia que luego fué creciendo á medida que las sociedades fueron desarrollándose á impulsos de la civilización que habiendo comenzado por asomar el semblante, concluyó por conducirnos al actual orden de cosas después de hacernos pasar por el feudalismo y los gobiernos absolutos que hoy por fortuna han perdido completamente su antiguo prestigio, y que quizá mañana contemplaremos ya cadáveres, porque la idea de la libertad germina por todas partes, crece y amenaza con su espada santa á los autócratas que aun se complacen en derramar la generosa sangre de los hijos del pueblo en aras de la reacción, á la que en sus últimos momentos hacen falta víctimas.

Hoy, el comercio aparece ya dueño del mundo, y es la grande arteria que hace circular la sangre por las anchas venas del coloso, comunicando la vida hasta á sus mas remotas regiones. Por todas partes vemos á los negociantes y comerciantes, esos intermediarios tan útiles al consumidor, trabajar, cruzarse, moverse y agitarse para proporcionarnos los objetos de que tenemos necesidad ó deseo.

Aquí debemos hacer mención de un escritor que ha criticado con mucha gracia el comercio, y los que en él se ocupan. Carlos Tournier, que siguiendo el sistema combatido por nosotros en este artículo, ha querido también sostener que el comercio es estéril porque no añade materia ni modifica la forma de las cosas. Y no le citamos para refutar de nuevo estos razonamientos, sino para destruir el argumento en que parece basar Tournier su pretendida demostración, diciendo que el comerciante es un ente parásito y no hace otra cosa sino obligar al consumidor á comprar mas caros los objetos que le hacen falta, lo cual podría este evitarse yendo directamente á la fábrica por los productos.

Esta opinión es tan brillante al parecer, tan desnuda de fundamento en realidad, como la que precedentemente hemos demostrado falsa, y pocas palabras nos bastarán para probarlo. ¿El comerciante, se impone al público? ¿Hay obligación de recurrir á él?—No.—El público se dirige á él por su propia voluntad, y paga mas caros los objetos porque no cree que esto le perjudica.

Pero veamos qué ventajas reportaría el consumidor con recurrir directamente al fabricante, según parece aconsejarlo Tournier. Desde luego convenimos que en ciertos casos podría obtener la mercancía mas barata; pero esto sucedería muy raramente y por escepcion, y cierto será cuando el público que está siempre en libertad de dirigirse á unos ó á otros; prefiere á los comerciantes. No obstante, espongamos primero la cuestión, y luego contestaremos. Hoy los fabricantes, solo venden por mayor. Para facilitar la venta de sus productos y ponerlos cómodamente al alcance de los consumidores, tendrían necesariamente que aumentar el número de los empleados y abrir tiendas, lo cual les ocasionaría naturalmente gastos de que sería preciso se reembolsasen. Resultado, que lo que se pagaba de más al comerciante, habría que abonarlo igualmente al fabricante, de modo que al fin toda la diferencia consistiría en un simple cambio, mediante el cual el fabricante ven-

dria á reemplazar al comerciante. lo cual no dejaría, sin embargo, de tener inconvenientes.

Este es uno de los grandes obstáculos que se oponen á la supresión del comercio, y ahora, si nuestros lectores lo tienen á bien, vamos á señalar ya sea ligeramente algunas de las ventajas que mas directamente reporta el consumidor, de esa profesión tan combatida á veces, á menudo tan calumniada por los ignorantes.

En primer lugar, el comerciante acostumbrado á manejar las géneros, examinándolos diariamente y teniéndolos sin cesar á la vista, llega á adquirir un conocimiento práctico especial de ellos, que le permite descubrir el fraude en caso de que el fabricante trate de engañarle. Este tacto para escoger la mercancía, no puede en manera alguna tenerlo el consumidor, y por lo tanto es una garantía para él, comprar al comerciante.

Luego, es preciso mencionar la economía de tiempo, pues no todos los habitantes de una ciudad podrían vivir cerca de las fábricas, y los comerciantes les proporcionan la facilidad de tener á mano los objetos necesarios. De modo que si contamos el tiempo que tendría que perder el consumidor, resulta de esto una segunda ventaja, y mayor baratura, porque el tiempo es dinero, según una frase muy conocida.

Además de esto, el comprar en detalle, es decir, por pequeñas porciones, facilita los medios de economizar, porque es indudable y probado el hecho de que se desperdicia mucho cuando se tienen por mayor las provisiones.

Pero aparte de estas ventajas locales, por decirlo así, y convenientes solo á los de la misma población en que se habita, están los servicios económicos del comercio exterior, que tan caros saldrían al consumidor sin el intermediario del comercio. Supongamos que una familia trata de comprar café, por ejemplo. No puede desde luego comprar un cargamento, tiene que limitarse á encargar ó pedir una pequeña partida, que empieza por pagar á mas precio que el corriente, la comisión de Ultramar, el flete, embarque, seguro, desembarque, derechos, comisión en el puerto de llegada, transporte, carga, descarga, etc., y resultará que la partida de café la habrá costado doble del precio á que la hubiera podido adquirir del comerciante, porque teniendo este mayores facilidades, obteniendo mas ventajas en los precios y transportes, pagando una comisión menor, reúne mayor número de probabilidades para realizar la operación y aun cobrándose ó haciendo pagar al consumidor sus servicios, puede ofrecerle la mercancía mucho mas barata. Todavía hay que añadir una circunstancia de bastante interés, y es la circunstancia de tiempo. Porque, en efecto, si el jefe de la familia se dirige al comerciante, obtiene al momento el café pedido, y si lo encarga á la Habana ó á cualquier otro punto de América, tiene que esperar dos ó tres meses por lo menos á recibirlo. De modo que el comerciante no solo proporciona economía en el precio y facilidad en la adquisición, sino que evita también todas las fatigosas operaciones de escribir, encargar y recibir la mercancía.

Y como en economía política se entiende simplemente por producción un servicio cualquiera que crea utilidad ó la aumenta, resulta segunda vez demostrado que el comerciante, como el agricultor y el fabricante crea un valor y contribuye á aumentar la riqueza social.

No obstante, aun tenemos nuevos argumentos que combatir, aun queremos hacer mas palpables las ventajas del comercio, aun necesitamos establecer nuevas comparaciones para demostrar una vez mas que si se rehusa ó niega al comercio la facultad de producir ó de *crear valores* (1), hay que negarla tambien á todos los productores en general.

Algunos economistas pertenecientes á otra escuela, han lanzado contra el comercio la misma acusacion de esterilidad fundándose en igual argumento, es decir, en que el comerciante no produce.

Necesario será, pues, que nos ocupemos de la produccion, y la definamos sencilla y claramente para dar mas fuerza y verdad á los argumentos empleados, aun cuando ya se hallan por sí solos bastante robustecidos por la lógica. Preguntaremos, pues: ¿Crea algun valor el agricultor? —No. —Su mision es solo ayudar á la naturaleza; pero no es él el que crea, es la tierra la que produce, y el labrador no hace sino prestar un servicio que luego le ha de ser pagado. ¿Crea algun valor el fabricante? Tampoco. Porque como el agricultor no hace sino prestar la ayuda de sus servicios para modificar los productos. Luego si ni la agricultura ni la industria crean valores, y no hacen sino modificar los productos, el comercio es tambien productor en el concepto de que hace variar de lugar ó traslada de un punto á otro los objetos, y por lo tanto los modifica en cierta manera, de modo que en último resultado, modificar la mercancía ó hacerla cambiar de localidad es en el fondo una misma cosa, puesto que de todas maneras viene á ser un servicio útil hecho á la sociedad en general y al consumidor en particular.

J. Proudhon, en su libro titulado *De la création de l'ordre dans l'humanité*, dice lo siguiente: «párrafo 390. — «Una vez concluido el producto y reconocido como propio para llenar el objeto con que se ha creado ó modificado, toma el nombre de valor. El valor tiene, pues, por base la utilidad del producto. Y segun esto, todo servicio útil, sea solo de pensamiento, sea de comision ó doméstico, es un verdadero valor, una cosa que merece salario, y por lo tanto susceptible de cambio; una cosa, en fin, que hace al que vende igual en un todo al comprador.

«Así, por una parte, debemos con Mr. Rossi rectificar la idea de Smith, que declaraba improductivos á los militares, magistrados, gentes de justicia, gentes de librea, abogados, médicos, sacerdotes, artistas y otras muchas profesiones menos honrosas. Entre estas profesiones las hay que son esencialmente anormales, y que por consecuencia se hallan sujetas á reforma, sin que por esto puedan, sin embargo, ser declaradas improductivas, porque la condicion presente de las sociedades las hace necesarias. Hay otras que son productivas en el mas alto grado siendo su especialidad la de producir, no precisamente lo que el hombre debe consumir para vivir, sino aquello para lo cual ha recibido la vida, es decir, lo bello y lo verdadero, el arte y la ciencia.

«Y por otro lado, la utilidad del producto siendo la condicion necesaria del cambio, como este es la necesaria condicion de la vida del trabajador, la sociedad no puede subsistir sin activas y leales comunicaciones entre las di-

ferentes especies de industrias, en una palabra, sin la centralizacion comercial.»

Oigamos ahora á J. B. Say, ese célebre economista que habiendo ido mas allá que todos sus antecesores, ha profundizado las cuestiones, sondeándolas con la vista ejercitada de la ciencia y el saber, y estableciéndolas despues clara y sencillamente para resolverlas con acierto y convencer de la verdad á todos los que pudieron escucharle ó se dedican hoy á leer sus obras.

Dice sobre el mismo asunto: «Muchos escritores convienen en que efectivamente producen los agricultores y los fabricantes, pero niegan esta prerogativa al comercio, en el cual no ven sino un trueque de valores producidos, y todo lo mas la via por la cual las riquezas creadas por las demás industrias se distribuyen.»

«Raynal, oponiéndole la agricultura y las artes, dice: *El comercio no produce nada por sí mismo.*»

«Pero esto es equivocarse completamente sobre el objeto de esta industria, y hasta sobre la distribucion de las riquezas.

«En el comercio hay verdadera produccion, porque de la modificacion resulta una comodidad que tiene su valor. El comerciante despues de comprar una mercancía á su precio corriente, la vende tambien al precio corriente; pero este último precio corriente es mas elevado que el primero porque el comerciante ha colocado la mercancía en una situacion que realmente ha aumentado su precio; y la sociedad se ha enriquecido con todo este aumento.»

Creemos, despues de lo espuesto, que ya no puede quedar la menor duda relativamente á la utilidad del comercio, que como todas las demás industrias contribuye á aumentar la riqueza de la nacion, y es ademas el que las fomenta y las proporciona los medios de producir, facilitando la adquisicion de las materias primeras necesarias. Este es un hecho.

Y es preciso convenir además en que las preocupaciones van desapareciendo, y hoy, por mas que á veces se quiera atacar y aun denigrar al comercio, no se le puede ya poner en ridículo ni avergonzar como en los aciagos tiempos del rey D. Pedro el Justiciero, cuando se hallaba, por decirlo así, relegado á manos de los judios, y vacilante, escondido, temeroso, porque la propiedad no tenia garantias de ninguna especie, y era un crimen llegar á reunir algun capital un poco considerable, se arrastraba por el cieno como un criminal.

No, esos tiempos han pasado felizmente para no volver. La civilizacion con su antorcha ha venido á alumbrar las inteligencias, y hoy la verdadera aristocracia en muchas naciones se ve representada por los principales banqueros y comerciantes, á quienes en vez de despreciar se encomia y adula porque, sino á la ciencia, al dinero, se le tienen hoy las mayores y mas humildes consideraciones.

Restanos ahora tratar, una vez bien esplicada la teoria de la produccion comercial, del estudio práctico del comercio; pero no siéndonos ya posible estendernos por hoy, reservamos el hablar de este asunto para nuestro próximo artículo, en el cual nos ocuparemos del comercio exterior é interior.

JUAN BAUTISTA CANTERO.

(1) Vamos á explicar lo que se entiende por crear valores, y por eso empleamos esta frase: (N del A.)

VULGARIDAD Y NOBLEZA, CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

POR

FERNAN CABALLERO.

El ya conocido y justamente célebre escritor que lleva este nombre, ha enriquecido nuestra amena literatura con una nueva produccion: VULGARIDAD Y NOBLEZA; este es el título del cuadro que acaba de producir esa pluma maestra, que con tanto acierto sabe copiar las costumbres de la vida íntima del pueblo español: harto rica es ya la coleccion de sus obras, para que nos estendamos á hablar del popular autor, que para orgullo y prez de España, goza ya de una reputacion europea.

El nombre de Fernan Caballero, como el de Cervantes, se recomienda bastantemente en los círculos literarios de Alemania, Francia, Bélgica, Inglaterra y Bohemia. Los literatos y personas cultas de estas sábias naciones, tributan un homenaje de respeto y admiracion á esas dos lumbreras del saber, uno que honra nuestra literatura antigua, otro que ilustra la de nuestros días.

El alma se pos ha ensanchado cuando pisamos extranjeras tierras, pues á pesar del desden con que se mira generalmente nuestras producciones literarias, vemos que acatan y admiran talentos de primer orden, la obra inmortal de nuestro don Quijote, la cual merece los honores de figurar en los catálogos de las primeras librerías, honrando con ella las bibliotecas de más tono; la popularidad que allí goza hace que se publique á voces la venta de nuestra inmortal obra por los libreros ambulantes en los pórticos de *Porta di Po*, de Turin, y en las bulliciosas ferias de Marsella.

Tal privilegio alcanzan hoy los escritos del modesto y retraido escritor Fernan; nuestra alma española de pura sangre se ha dilatado tambien al ver en esos paises traducidos, publicados y leídos con afan los cuadros de nuestro contemporáneo novelista, en los cuales goza una admirable nombradfa.

Los respetables nombres de los célebres literatos baron Wolf y Mr. D'Latour, el entendido y virtuoso vicario de Colonia, los periódicos titulados *Hojas religiosas de Silesia* y la renombrada *Revista de Edimburgo*, que es el órgano literario mas acreditado de Europa, abonan con sus razonados elogios la celebridad de nuestro compatriota, dándose algunos el parabien de poseer traducidos esos cuadros que rebosan amenidad, recreo y saludables lecciones de moral cristiana.

Poco ó nada conocidas son las costumbres y la nobleza de sentimientos que distinguen por lo general á las gentes de nuestro pais, merced á la manera poco benévola con que se les ha dado á conocer hasta el dia por autores extranjeros, equivocados ó llenos de pasion cuando menos.

Fernan Caballero, que ha sabido alcanzar una palma para nuestra literatura española, ha logrado hacer un servicio importante á su país, vindicándole

de las injusticias que se le han inferido de muchos años á esta parte, acreditando con sus escritos y con la verdad y lealtad de sus descripciones, *que no empieza el Africa en los Pirineos*.

El pueblo español agradecido y caballeroso como siempre, ha tributado un homenaje de justicia á los escritos de ese autor, coronando su nombre con la aureola difícil de la popularidad y agotando en menos de diez años tres ediciones de sus obras, sin contar con algunas otras que se han hecho furtivamente en la Península y en nuestras posesiones de Ultramar.

Las personas de todas clases y condiciones leen afanosamente esas obras. La culta y escogida sociedad que concurre á tomar baños y aguas medicinales á Santa Agueda y al litoral de nuestras provincias vascongadas, dedican muchos de sus ratos de solaz leyendo y saboreando las bondadosas y sábias máximas que se vierten en *Clemencia*, ya derramando lágrimas de compasion y de ternura sobre las enlutadas sayas de *Pobre Dolores*! ó ya riyendo y llorando á la vez al contemplar las tribulaciones de don José Mentor y de las otras tres almas de Dios que con él habitan en el castillo de Muesteo.

Las gentes del pueblo, esa mina de héroes mal explotada por nuestros novelistas y romanceros, y de la cual saca frecuentemente Fernan muchos de sus simpáticos y sublimes personajes, leen con afan y gratitud las obras de ese contemporáneo autor que tan hábilmente pinta sus dolores, sus sufrimientos, su resignacion; de ese autor que con tanto acierto sabe interpretar la nobleza de sus sentimientos. Los escritos de este popular y sublime autor, son una compilacion concienzuda, de los mas bellos cantos populares de España, de las mas agudas sentencias, de esas tradiciones ricas de fé cristiana, de encanto y de poesia, que son el sencillo poema, el único monumento que erige el pueblo á sus virtudes y á su talento, poema que con tanta facilidad se olvida y oscurece.

Las obras de Fernan Caballero, son la estatua y el romancero que perpetúa esas ocultas virtudes y esas agudezas del pueblo español de nuestros días.

El cuadro titulado VULGARIDAD Y NOBLEZA es una de esas bellísimas pinturas que con tanta frecuencia brotan de esa pluma pincel que nos hace ver en sus cuadros, el cielo, los astros, la naturaleza con sus colores, su diafanidad, su armonía, su luz y su movimiento; de esa pluma pincel, que como Velazquez, Zurbaran y Murillo pinta el alma y el cuerpo á un mismo tiempo. ¿Quién no vé en los lienzos de aquellos, como en las descripciones de esta, la doblez en los rostros de los cortesanos, la paz del alma en la fisonomía de los monges y la virtud ó la gracia predominante de que están dotados sus santos?

El teatro de las sencillas escenas que se refieren en este cuadro, es una antigua y arruinada casa de campo, denominada de la Paz, en las inmediaciones de Sevilla: allí estasia al lector cautivándole entre cuatro paredes derruidas y abandonadas de la mano del hombre, pero engalanadas por la mano de Dios,

que no olvida ni abandona nunca, con multitud de plantas que crecen espontáneas entre aquellas grietas, «como la sonrisa que asoma alguna vez en el rostro de un anacoreta.»

Allí alumbra un alegre y esplendente sol de Andalucía, que seca y blanquea unas pobres camisetas de un niño á quien su madre mece en la cuna acariciado por un suave viento poniente que se eleva magestuoso á las altas regiones, de vez en cuando, á buscar celajes diáfanos y á descompartir las transparentes nubecillas formando celajes fantásticos y encantadores.

La sombra de un moral antiguo, erguido como un rey y hospitalario á los pajarillos como una santa casa de beneficencia, dá sombra como todo lo grande y elevado á otros seres mas débiles de la vegetación, y bajo su amparo crecen las malvas prestando sus suaves y buenos servicios como hermanas de la caridad y las encarnadas amapolas que agitan sus cabezas enrojecidas cuando el viento murmura que si lo quieren, diciendo que nó, que nó.

En este risueño paisaje, en que voletean los palomos, y se pasean los lagartos y coclean las gallinas y juguetean los pobres niños del capataz con el dócil mastin Cubilon, se destacan magestuosamente las figuras del cuadro que diseñamos. Dos de ellas solamente se miran en primer término, las otras se encuentran en lontananza: aquellos niños inocentes y limosneros sin ser necesarios al asunto, engalanan el cuadro como los ángeles de Murillo al rededor de una Inmaculada.

Una anciana mendiga es la llamada á justificar el pensamiento de la obra ó sea la nobleza del corazón. Un rico de dinero es el encargado en representar la vulgaridad su antagonista: esta innoble figura hace el triste papel de dar sombra y oscuridad al cuadro, pero produciendo un magnífico contraste al lado de la mendiga, como el esmalte negro en que se engasta un magnífico brillante sirve para realzar mas su blancura, sus luces y sus fuegos.

Don Anacleto Ripio, que es el nombre de aquel vulgar personaje, es un hombre que se describe moralmente pintando su físico: «ni era alto ni bajo, ni grueso ni flaco, ni mozo ni viejo,» vestía de piés á cabeza una tela gris, que pudiera muy bien decirse que ni era blanca ni negra; leía y escribía muy mal, pero contaba muy bien, y en cuanto á gerarquía social se describe su clase con las sucintas palabras que pronuncia Pascual el capataz de la hacienda cuando su mujer le pregunta: «Pascual, ¿quién es ese caballero que ha entrado y se ha ido sin saludar? á lo cual responde el marido: no es un *caballero*, es un *rico*.

La tia Ana Panduro, que es el nombre de la mendiga, es una viuda octogenaria que demanda limosna y hace mandados en el pueblo para ayudarse en su miseria despues de haber perdido á su esposo y á un hijo único que tenia, arrieros acomodados del pueblo.

Un puñal asesino le arrebató muchos años antes estas dos prendas que tanto amaba; pero la tierra

ocultaba este hecho misterioso, perpetrado una noche que marchaban alegres con su recua cargada de vino hácia las puertas de Sevilla.

Todos los dias clamaba al cielo por el descubrimiento de tan oculto y misterioso crimen, pero nada se recelaba, nada se descubria.

Un dia agonizando casi la mendiga y despues de recibir los Santos Sacramentos, rezaba devota delante de una pequeña efigie del Dios niño, Dios que se alzaba sobre un pequeño y pobre altar delante de su lecho de muerte. Demandaba á aquel santo médico del cuerpo y del alma, curase la llaga que devoraba su corazón de madre y de esposa, descubriéndole el paradero de su hijo y de su marido antes de su muerte, y pronunciaba conmovida esta sencilla oración:

Niño Jesús, por tu padre,
Por tu madre, por tu cruz,
A la hora de mi muerte
Dame luz.

La enferma sanó, la luz apareció de un modo misterioso y providencial: los esqueletos de los infelices asesinados que lloraba tantos años antes, aparecieron sepultados en un olivar: un dedo convertido en momia, lanzado de la tierra llama á aquel sitio el ojo protector de la justicia: este dedo no escribe el MANE, THECEL, PHARES de BALTASAR, pero señala misteriosamente á la persona de uno de los ignorados asesinos que por una casualidad providencial se halló presente en el acto de la exhumación: falta la palabra y un papel encontrado y preservado milagrosamente entre aquellos restos humanos, esplica el nombre de la víctima; nombre que al ser leído por el juez en alta voz, causa un terror y un trastorno en el asesino que lo delata á él y á sus cómplices y confiesan fascinados su odioso delito.

La luz que pedía le concediese Dios, la desolada anciana para descubrir el paradero de su hijo y su marido, le fué concedida por uno de esos decretos inescrutables de la Providencia Divina: esa luz alumbra dos esqueletos, la huella de un crimen y la frente maldita del delincuente.

La acción de la justicia fulminó una sentencia de muerte contra el que mató á sabiendas y *tortícera-mente*. La hoga del sentenciado á la última pena se prepara como una mortaja, la expiación llevará un hombre á la tumba y el estigma de dos manchas de sangre á la frente de una familia decente y acomodada.

Solo la clemencia puede interponerse entre aquella cabeza y el fatal tornillo del garrote. La Reina magnánima y dispuesta siempre á perdonar, otorgará un indulto; pero esta gracia no puede concederse legalmente sin el otorgamiento de perdon de la parte ofendida. La augusta prerrogativa de indultar se comparte entre un grande y un pequeño de la tierra: la omnipotencia tan combatida de la autoridad real, se ve subordinada por la ley de partida, ante la voluntad de una mendiga. Si ha de ejercerse ese gran acto de clemencia, ha de dispensarse por la

mano que empuña un cetro y por la mano que se apoya en el bordon del pordiosero. Magnífica y veneranda organizacion legal de un país, en que lo grande se subordina á lo pequeño ante el altar de la justicia.

Solicitado el perdon á la mendiga, lo otorgó esta de todo corazon, como noble y como cristiana, á la menor indicacion que se le hizo por el cura de su aldea á quien interpusieron los interesados para ello; despues se ratificó magnánima en él delante del tribunal.

Un incidente nuevo vino á aumentar quilates á tan noble como cristiana accion: los deudos de los agraciados llenos de gratitud y de expansion se acercaron á la anciana que concedia el necesario perdon puro, desinteresado y santo, y le dicen viéndola pobre, anciana y sola: La subsistencia de V. pesa desde hoy sobre nuestro agradecimiento; de hoy mas no faltará á V. nada. La pobre mujer indignada al oír aquella proposicion, responde enérgica y altiva como una Reina: ¡PAGO! ¡ESO NO!!! ¡YO NO VENDO LA SANGRE DE MI HIJO!....

El perdon facilitó el indulto, el indulto redimió la vida de aquellos infelices criminales. La anciana continuó viviendo á la limosna. D. Anacleto reprobó siempre en su vulgaridad la nobleza de aquel corazon calificándola de despilfarro.

Aquellas notables palabras de la mendiga, reasumen la escelencia de la bondad y nobleza de un gran corazon y forman, puede decirse, la moralidad del cuadro. Fernan Caballero ha sabido compendiar en la generosidad de esta santa muger del pueblo, todo lo noble y grande de que es capaz un corazon generoso y cristiano. Las máximas que vierte el escritor sobre la limosna, sobre las recomendaciones, si se dirigen á buen objeto, llamando á esta clase de empeños «los medianeros entre el desvalido y el poderoso, la voz del mudo, el lazarillo del ciego, las muletas del tullido y el consuelo del olvidado y del impotente.» Estas máximas son un tesoro de moral, un refrigerio á las almas afligidas, un bálsamo que cura las llagas de los corazones angustiados.

El asunto de esta sencilla composicion, no es de su autor, es del tiempo, de la humanidad, de esos dos grandes géneos que crean rasgos, caractéres, personajes y acontecimientos sublimes sin cuidarse siquiera de ello. Lo que sí es de nuestro escritor, es el tino en la eleccion de esos asuntos verídicos y grandiosos, en la de esos tipos sublimes que, predominando en sus escritos, engrandecen el espíritu y ofrecen lecciones admirables y provechosas: lo que sí hace nuestro escritor tambien, es tomar de la naturaleza esos paisajes risueños y encantadores elegir esos personajes sublimes de la humanidad, ya se vistan con el manto ducal, se cobigen con la remendada manta del pordiosero, y agrupándolos en cuadros por pálidos y descarnados que sean, presentarlos en las páginas que brotan de su pluma, coloridos y de gran bulto como las figuras y paisajes á quienes dá vida y belleza la magia del estereóscopo.

Andújar 10 de setiembre de 1861.

ELEUTERIO GONZALEZ DE LA MOTA.

LOS CAMPESINOS.

CUADRO SESTO.

PREMIO Á LA VIRTUD.

Con este título publicó la prensa de Madrid un artículo transcrito de un periódico de provincia, notable por las curiosas noticias que contenia, y mas aun por el saludable efecto que estas produjeran, decidiendo la dicha y bienestar de nuestras pobres gentes, habitadoras del ameno y magestuoso desierto de Valdelagrana. Las nobles y virtuosas acciones de Marta y de Santiago, resonaron en los magníficos salones de la Sociedad económica de Barcelona, desde el cóncavo apartado valle de Sierra Morena: ecos que fueron trasmitidos quizá á toda Europa por medio de la prensa catalana.

El periódico de la corte copiaba en la seccion de provincias lo siguiente:

«BARCELONA: un acto solemne y grandioso, desconocido en los fastos de nuestra historia y de nuestras costumbres, ha tenido lugar en los salones de la Sociedad Económica de esta ciudad. Estimulada la antigua filantrópica corporacion del ejemplo que dan otras naciones cultas y civilizadas, abriendo públicas palestras en que se dan á conocer las ignoradas y recónditas virtudes de las clases pobres, con el laudable fin de premiar dignamente esos hermosos rasgos de abnegacion y heroismo, que honran un país, enalteciendo al propio tiempo los bellos instintos de la humanidad, abrió un certámen público, con la mira de conocer las acciones virtuosas que en el curso del presente año se hubiesen ejecutado en las provincias catalanas y en las demás de España, por esas personas pertenecientes á las modestas clases pobres.

«Conocidas que fueron, se ofrecia una recompensa de diez mil reales, á la que mas se hubiese distinguido en el ejercicio de actos filantrópicos y caritativos. Tambien se ofrecia eternizar sus heroicos nombres, si la modestia de la persona recompensada no se oponia á ello.

«Varios justificantes de acciones piadosas y laudables se han presentado en el concurso, para bien y orgullo de la humanidad; pero al calificarlas, la respetable é imparcial junta censora ha dado unánimemente la preferencia, y adjudicado el primer premio á una pobre habitante de una choza de los colmenares de Valdelagrana, en el partido judicial de Andújar.»

El periódico enumeraba circunstanciadamente todas las acciones virtuosas de nuestra heroína Marta Rodriguez por el mismo orden que las compiló y presentó al general, la marquesa de Zurgena, la noche que aquel se despedia para la guerra de Africa, tal cual se escribieron en el capítulo anterior.

El artículo continuaba en estos términos:

«No erró en su fallo la sensata y respetable junta calificadora, porque un hecho improvisado vino á poner en alto relieve las virtudes cívicas y cristianas de Marta Rodriguez: no bien se hubo noticiado á

nuestra heroína el donativo con que había sido agraciada, pidiendo su vénia para publicar su nombre, cuando se recibió un notable telégrama comunicado por medio de la autoridad gubernativa que entendía de aquel negocio, en el cual se hacía conocer que aquella mujer, tesoro inagotable de civismo y caridad ardiente, renunciaba la cantidad en que consistía el premio, en beneficio de los huérfanos ó padres ancianos de los dos primeros soldados que perecieran en buena lid en la ya emprendida guerra de Africa.

En cuanto á la publicacion del nombre, dejaba en plena libertad á la Sociedad Filantrópica para que hiciera el uso que tuviera á bien.

¡Gloria en el cielo á esas almas heroicas y generosas, que envueltas en sus propios dolores, obrando sin consideracion á los poderosos incentivos de las recompensas terrenas, sin atender á los estímulos de la envanecedora aura popular, sin aspirar á los aplausos del mundo, que no las ve, merced á las tinieblas y á la oscuridad con que las cubre su insignificancia y su modestia, vuelven por la santa causa de la humanidad, atestiguando con sus obras, que aun no se ha extinguido la llama de la caridad que Dios quiso encender en el corazon humano.

Este notable artículo se había leído sin duda, con atencion suprema, por una persona conocedora de la historia que allí se referia, porque el número de aquel periódico tenía escrita una nota con lápiz, y hecha al parecer con mano trémula por la afectacion ó por la dolencia, en la cual se leía: *interesante*. Otra nota explicaba que toda la atencion estaba cifrada en el artículo indicado, porque en el párrafo dedicado á hablar del socorro prestado por Marta á la pobre Jacoba Cenete, viuda de Felipe Montañón, en el acto de dar á luz al pequeño Jesús Maria, á quien tenia aquella en lugar de hijo había otra advertencia escrita al márgen con lápiz y por la misma convulsa mano, la cual decia: *ojo*.

Fácil es comprender que la noble gestion hecha en la Sociedad Económica Barcelonesa, por el ilustre y agradecido general, acerca de las virtudes de la modesta campesina, virtudes que hubieran pasado desapercibidas y ocultas en el torbellino y ruido del mundo, fué la causa de los estrepitosos aplausos de la prensa y de las gentes de corazon; aplausos y ruido que redundaron en beneficio de aquella familia bienhechora.

La compasiva y agradecida marquesa, fué la iniciadora del pensamiento; compiló todos los hechos virtuosos de aquella mujer, procuró los justificantes de ellos, y escitó á su generoso hijo á fin de que diera á conocer en el certámen, los hechos de la heroína de Valdelagrana.

La realizacion de aquel pensamiento de gratitud, fué, pues, la piedra fundamental de la dicha de aquellos pobres campesinos.

Dos agentes poderosos causaban esta merecida dicha. La caridad y la gratitud: esas dos grandes bases en que se asienta la magnífica obra de la humanidad: esos dos ejes sobre los cuales rueda el per-

feccionamiento social, y que son respectivamente causa y efecto uno de otro.

¡La caridad! ése santo árbol que estiende sus ramas frondosas para proteger, dar útil y necesaria sombra á todo lo que vejeta en el árido arenal llamado mundo.

¡La gratitud! ese rico manantial de agua pura que riega y refresca las raíces y las ramas de ese árbol benéfico, para que no se esterilice y perezca.

¡Ay del manantial si no tiene protectoras ramas que lo defiendan de los abrasadores rayos del sol!

¡Ay de ese árbol si no tiene un raudal que lo refresque y alimente!

Marta, caritativa y generosa, había prestado aquel auxilio desinteresado al perseguido general, sin el cual habría muerto en el abandono de los desiertos matorrales de la sierra, ó víctima espiatoria en un cadalso.

El general y su ilustre madre, agradecidos al singular beneficio que les dispensó Marta, pagaron á esta con la publicidad de sus actos y nombre, tan buena y desinteresada obra. Procuraremos demostrar el enlace que tienen nuestros cuadros con la publicacion de los acaecimientos de las humildes chozas de Valdelagrana y los pingües frutos que Marta recogió de estas acciones.

El periódico á que hemos hecho referencia se encontraba doblado sobre la magnífica cornisa de bronce de una chimenea, que difundía un moderado calor en el aposento de un enfermo que habitaba la casa núm. 10 de una calle contigua á la iglesia de Santiaguistas de Madrid.

El enfermo agonizaba por momentos; se hallaba postrado en un lecho colocado en un cuarto bajo amueblado con objetos de lujo sólido y costoso: pero presentaba un conjunto negligente y desaliñado: parece que toda la atención se había cifrado en un mueble solo; no era el lecho, era una gran caja de hierro bronceada, cuyo peso escedía á las fuerzas de veinte alcides de Galicia: en esta inamovilidad se cifraba parte de la defensa del vellocino de oro que guardaba en su seno.

Aquella funesta caja había sido la vida y la muerte de su dueño; la vida porque se aglomeraba en ella una fabulosa fortuna acumulada allí por el insaciable avaro.

Títulos consolidados, diferidos, deuda extranjera, cupones, acciones de ferro-vias, todo lo que la avaricia ha sabido compendiar para hacer mas vigilables, ocultadizos y trasportables los valores: estos eran la existencia moral de aquel insaciable avariento. La muerte, porque el mecanismo de aquella insidiosa caja había asesinado despiadadamente al desconfiado dueño oprimiéndole entre los dientes inexorables y alevosos de su cerradura.

El mecanismo de la máquina avara y guardadora del oro, como su insaciable amo, estaba dispuesto bajo dos principios eternos de avaricia: dificultad suma para abrirse, facilidad inconcebible para cerrarse á riesgo de la vida del imprudente violador de sus secretos.

La cerradura estaba oculta ante la vista mas lince: un ligero punto de los mil que se hendian en el adorno de su enmarañado dibujo arabesco, servia de entrada á una llave de relój que comprimía un resorte. Este dejaba escapar una pesada plancha que descubria una série de cerrajas iguales y uniformes en las que giraba la llave alternativamente y con cambiadas vueltas. Cada punto del resorte exterior turnaba una vez; cada punto tenia una llave diferente de golpes y giros.

El afortunado Creso que la poseyera, debia llevar fija en la memoria la clave de aquel complicado laberinto, para que no fuera sorprendido el tiple secreto.

La manera de cerrarse era velóz, espontánea y aleve: un enorme muelle de hierro aumentaba la fuerza de su escape, con otra série de elásticos combinados de manera que su caída era súbita como el rayo, intencionada y mortal como la mordedura de la vibora.

A su descenso funcionaba una doble argolla dentada, que aprisionaba con una fuerza sobrenatural el imprudente brazo que penetrara en aquella maldita Caja de Pandora, en aquel infernal Leteo, cuyo Canerbero era una tenaza viva é inexorable, sino se protegian con un escondido resorte que hacia desalva-vida.

El avariento dueño añadía á todas estas precauciones una mas, y era no perderla nunca de vista, tenerla al lado de su lecho en el cual le postraba una enfermedad horrible; el cáncer, que semejante al buitre que devoraba las entrañas á Prométeo estando vivo, corroe la carne, la fibra, los tejidos del paciente, dejándole libre el alma para que sienta y sufra aquel lento suplicio; el cáncer que destruye veloz, pero que mata muy lento.

Ya recordarán nuestros lectores, que entre las referencias hechas por Jacoba en la choza de Marta, fué una de ellas la recomendacion que le hiciera su marido al tiempo de morir, diciéndole que regresase á los Velez y se estableciera allí con el fruto póstumo y único de su matrimonio, pues se decia que D. Ginés el *Rico nuevo* se estaba muriendo de una *pupa viva*, y si sucumbia de aquel terrible mal y ella se le presentaba con su hijo, tal vez se compadeciera de ellos, y repararía el daño que les habia causado con el injusto despojo de la mina.

Supuesto este recuerdo, resta decir que efectivamente era cierta la noticia y que el enfermo que yacía en el lecho de la estancia que hemos descrito, era D. Ginés, el infortunado Rico nuevo, que afligido con su aterradora dolencia, habia abandonado su casa de los Velez y hacia su residencia en Madrid, donde lo llamaba tambien la importancia de sus negocios, que exigian ya una zona mas dilatada que la del pacífico y anticomercial lugarcillo que habitaba.

Tambien ayudó á decidir su residencia en la corte la curacion de su incómoda y peligrosa dolencia, aunque esto lo habia decidido de una manera secundaria.

Bien pronto consiguió el objeto de su primer propósito: la Bolsa fué su constante residencia: los agentes de negocios y de cambio, sus inseparables *ad lateres*, puso en juego los enormes capitales que le produjeron las ricas venas argentíferas de la mina titulada Nuestra Señora de la Buena-Dicha, y á beneficio de lucrativas contratas, de empréstitos y negociaciones, subió como la espuma, perdiendo insensiblemente su apodo de *Rico nuevo* y bautizándose nuevamente con el de *Millonario*.

Su penosa dolencia crecia tambien rápidamente como su loca fortuna: la eficacia y poderío ed la ciencia atajó algunos meses el veloz progreso del mal; pero aquel virus corrosivo y destructor como el agua régia, destruyó su rostro en poco tiempo. Pronto desaparecieron los cartilagos de la nariz, dejando ver la oscura y amedrentadora fosa nasal en descubierto; los párpados se destruyeron, quedando la córnea del ojo indefensa, prominente y empañada como la de un cadáver, una piel tersa, rogiza y espantable, cubrió aquellos estragos por un milagro de la ciencia. La voz perdió su timbre y un eco sordo y zumbador reemplazó á esa hermosa mensajera del pensamiento.

Su vida se apagaba por momentos; no salía ya del lecho; paralizada la marcha de sus negocios, hizo compendiar su pingüe fortuna en los valores y efectos que contenía aquella funesta caja, con la cual se identificó en la dureza y empedernimiento. En ella cifró su triste vida, junto á ella hizo colocar su mismo lecho, ella era el objeto de sus desvelos y el ángel atormentador de sus ensueños.

La noticia de la gravedad del mal habia cundido, la casa del millonario celibato, fué asediada y tomada por asalto, de parientes lejanos y problemáticos que aspiraban á la herencia del moribundo.

El descastado de D. Ginés no conocía á ninguno, desdeñaba la vista de todos, y solo pensaba en aquel oro al cual no sabia dar un sucesor tan digno como él.

Pronto vislumbraron los menospreciados parientes que la intencion del moribundo les era adversa, y calculando el poco fruto que sacarían de la generosidad de aquel, fiaron mas en la largueza de la ley, y aspiraron mas bien á las consecuencias de un *abintestato*.

El suspicaz enfermo temía una asechanza á su fortuna, y redobló sus precauciones; el mas leve ruido le hacia incorporarse en el lecho: el silencio le asustaba del mismo modo, y receloso y angustiado, velaba de continuo alarmado siempre, y si dormía se agitaba su mente en pavorosos sueños.

Siempre veía su vida menos comprometida que lo que la juzgaban los médicos y los presuntos herederos.

Una noche dormía agitado, y un horrible sueño le producía la desconsoladora ilusion de que lo arrastraban al sepulcro; vivía, respiraba, y sin embargo, veía su propio entierro como el infeliz Mañara; veía desesperado que lo encerraban en una pesada tumba de mármol, y contemplaba angustiado aque-

lla turba de improvisados parientes, de domésticos, acometer osados á su caja..... á su Dios..... ¡á su oro! y que se lo repartían entre sí frios é indiferentes.

¡Horrible pesadilla! quería convencerles de su existencia, y no hallaba razones para ello: trataba de huir, y una irresistible fuerza de inercia lo clavaba en aquel ataúd y en aquella tumba. Deseaba gritar, pedir auxilio, y le faltaba la voz, había enmudecido; trataba defender sus billetes, sus láminas, sus cupones esparcidos por el suelo, y carecía de fuerza para levantar, sostener y disputar aquellos ténues papeles, que representaban enormidad de sumas.

¡Un robo! ¡un robo! decía conmovido y fuertemente impresionado por las emociones del ensueño; se incorpora en el lecho, juzga que es realidad el robo, cierta su ruina; y trémulo y débil alumbrado por la escasa luz de una lamparilla de mármol, corre á su caja, y como por hábito, por instinto, toca al resorte; su fatal somnambulismo hace que acierte con el secreto, se presenta despejado de su plancha la oculta cerradura; introduce en ella la llave, da un giro.... dos.... tres.... ¡ha acertado! la hace jugar en otra cerradura..... gira de nuevo, ¡ha acertado!.... otra tercera operacion..... se abre la tapa. La casualidad, la costumbre, el génio del mal, ¿quién sabe? ello es que se ha abierto con presteza.

El soñoliento y avaricioso millonario, introduce su brazo en aquel fondo cavernoso para tocar su fortuna, para palpar su oro y cerciorarse que está allí, que existe su querido oro, mas ha olvidado preservarse con el guarda-vidas; los momentos que la porcion del mecanismo conceden, para que permanezcan abiertas aquellas horribles fauces, son pasades; se cierra súbita como un rayo y las presas de Canerbero, los afilados dientes de la víbora, se cruzan tarazando inexorables el brazo de su avariento dueño.

El paciente dió un grito horroroso producido por el dolor, grito de esos supremos que no se pueden interpretar ni describir; grito de esos que compendian todos los ayes, todas las sensaciones de la angustia, de esos que agotan todo el sufrimiento humano y paralizan la existencia.

El millonario quedó sumido en un profundo paraisismo; con la pérdida de la razon huyeron sus recuerdos, los secretos que guardaba solo en su memoria para manejar aquel mueble insidioso, concebido por la codicia y la desconfianza, para castigo de la desconfianza y la codicia.

Inútiles eran los esfuerzos que hacian por abrir la caja los domésticos que velaban al millonario moribundo, cuando acudieron espantados de aquel golpe y del indescriptible quejido que lanzára D. Ginés.

La llave del resorte ocupaba su disimulado puesto; otra llave de desusadas formas estaba caída en el suelo á causa del sacudimiento de la máquina. Pero ¡y la clave del secreto para manejar dichas llaves y abrir de nuevo la homicida caja con la premura que exigía el horrendo suplicio que experimenta-

ba el avariento D. Ginés, no ya dueño de aquel mueble, sino su prisionero, su esclavo?

Solo el desventurado podía dar esplicaciones del secreto, y sus sentidos se hallaban embargados por completo: el diente de la lima no operaba con la prontitud necesaria para romper tan duras prisiones.

La avaricia y la desconfianza que habían previsto todas las contingencias, dificultaron un forzamiento en aquel mueble, y todos los gruesos estaban calculados para resistir horas de trabajo, las suficientes cuando menos, para que no pudiera ser violentado en el discurso de una larga noche.

Nadie le acude con la presteza debida: el aturdimiento reina en todos aquellos pechos consternados, y el infeliz sufre ó sucumbe en tanto.

Una compasiva hermana de la caridad, encargada de su asistencia pocos dias antes, desde que el terror y la aprension fueron alejando á todos de la curacion de tan asquerosa llaga, cuya caritativa mujer suplica con su celo la falta de deudos y domésticos interesados en la salud y la vida del paciente, procuró el remedio, comprendió lo grave y urgente del caso, y pidiendo auxilio por medio de un sereno, hizo llamar dos médicos para la salvacion de la vida del paciente y un médico espiritual para la salvacion del alma.

La ciencia ordenó la amputacion del brazo para libertarlo de la caja; en aquel conflicto supremo, la operacion fué ejecutada sin demora.

El enfermo se vió desembarazado de su horrenda prision, y recuperado un poco, y vuelto al uso de su razon, se encontraba al lado un sacerdote que le exhortaba á la confesion.

Era este un venerable franciscano procedente de la obra pía de Jerusalem: el padre Serafin habia llegado pocos dias antes de la Siria, de ese país venerando y siniestro á los cristianos, en el cual gastaba su vida predicando el Evangelio y orando sobre el sepulcro santo. Una casualidad providencial le reservó la vida; pero su traje negro de sayal venia salpicado aun, con la sangre de sus hermanos asesinados bárbaramente por los feroces drusos; hermanos cristianos que morian resignados abrazando la cruz y la palma del martirio como los héroes santos de la primitiva Iglesia.

El moribundo y el sacerdote se hallaban solos en el cuarto.

La soberbia mundana yacia en un rico lecho; pero caída, prosternada, sola.

La caridad cristiana solamente le daba la mano en su caída.

El millonario, el orgulloso, demandaba socorros.

La pobreza evangélica derramaba tesoros de consuelo sobre aquella alma afligida.

El uno representaba la codicia, la usurpacion atormentada por el remordimiento, la conciencia asustada con sollozo de sus víctimas, de los infelices á quienes habia usurpado sus bienes y su dicha.

El otro representaba la pobreza evangélica, la des apropiacion voluntaria de todo lo terreno, la tranquilidad interior, la paz del alma.

El codicioso egoísta todo lo había querido para sí. La abnegación del religioso todo lo había renunciado; sus bienes, su voluntad propia, los goces en la tierra.... ¡Qué contraste!

La triste misión que el avaro había ejercido en el mundo, fué la de hacer derramar lágrimas á aquellos con quienes quería fraternizar. La misión del virtuoso franciscano, era enjuagarlas como verdadero hermano.

El aterrado enfermo se recuperó un poco.

—¿Me habeis llamado? dijo el sacerdote con voz dulce y un tanto conmovida.

—Os han hecho llamar sin orden mía, contestó el doliente. Me juzgan en un estado de gravedad que no existe,—decía aturdido y víctima de su terrible pesadilla. Un nuevo vértigo lo privó segunda vez de sus sentidos.

Toda la casa permanecía en silencio pasada que fué la agitación que reinó en ella durante la dolorosa amputación del brazo y la permanencia del tribunal, que vino á prevenir las primeras diligencias en averiguación del hecho ocurrido. Madrid disfrutaba un corto intervalo de reposo. El enfermo se recordaba de su mortal desmayo.

A pesar de aquel silencio, tres voces hablaban muy alto en el sosegado recinto del doliente: la voz del sacerdote, el artículo del periódico, que estaba sobre la chimenea, y la agitada conciencia del moribundo.

Incorporóse éste sobre el lecho y convencido acaso de su deplorable estado, se dirigió al sacerdote y le dijo: La Providencia Divina os trae en mi ayuda, padre mío: me siento desfallecer y acaso toco el fin de mi carrera: un accidente vengador ha venido á apresurar el término de mi angustiada vida.

El deber de mi santo ministerio guía los pasos del hermano, para darle la mano en su caída al desdichado hermano, dijo el humilde y caritativo religioso.

Los momentos de mi existencia están contados, padre mío; se acerca el término de mi viaje y necesito descargar el peso que me agobia como la abrumada nave que zozobra perece sino la aligeran de su carga.

Me humilla la confesión de mis culpas, emanadas de dos fuentes malditas, cuyas aguas envenenan el corazón humano: la soberbia y la codicia: en esas dos cenagosas corrientes he apagado mi sed: dos grandes crímenes reasumen mi infame vida, la soberbia y la avaricia; esta última me ha arrastrado á cometer usurpaciones, estafas, robos enmascarados que han hecho derramar á cien familias infinitas lágrimas y sangre; aquella me hizo altivo, la altivez me persuadió de tener una gran superioridad sobre todos, y ávido de incienso y adoraciones, aspiré á las únicas que me fueron asequibles; las del aura popular; aspiré á ostentar esas virtudes que admira el mundo moderno, difíciles de seguir y fáciles de suplantar. Me decidí constante defensor de la justicia, de la igualdad, de la fraternidad de los hombres, y estas virtudes que proclamaba, eran en

mí la máscara con que ocultaba los opuestos vicios.

Con mérito á esta hipocresía moderna y desusada, el mundo sencillo y crédulo me preconizó *hombre de bien*, hombre de ley: me hallo en posesión de ese usurpado título y me humilla arrojar en mi última hora, esa careta y ese manto que cubre mi desnudez deforme. Temo esta confesión; y sin ella, ¿cómo restituir la dicha y el oro que el *hombre de bien*, el hombre de ley, el defensor del débil, ha arrebatado al débil, á el que falsa é impostoramente llamaba su redimido, su hermano?

La restitución repara el mal, dijo el sacerdote; la humillación ante Dios eleva á quien la hace, ante las gradas de Dios mismo. El arrepentimiento salva. La caridad tiene cien velos con que ocultar las flaquezas y la repugnante desnudez, del que, contrito, se confiesa culpable, hijo mío.

El moribundo, compungido y horrorizado de sí mismo, como la agitada conciencia de Machbet, cobró aliento ante las reflexiones consoladoras del franciscano, que le exhortaba á la confianza y al arrepentimiento: su alma tímida y confusa cobró aliento y expansión, luego que vió lucir la antorcha de la esperanza en torno suyo, encendida tan sábiamente por el piadoso y discreto sacerdote. Esta luz disipaba las sombras que ofuscaban la vista de aquella conciencia culpable y abrumada.

Soy solo en este mundo, decía angustiado el paciente; nacido de unos pobres y honrados pastores de Castilla, vi un día para mi mal el sol deslumbrador de la grandeza humana. Mi corazón latía afanoso impulsado por una fuerza desconocida: era ambición, deseo de prosperidad, de brillo, de engrandecimiento: desconocía el camino para subir á esa soberbia cima donde se sienta la prosperidad del hombre; esta ambición pudo ser noble y bastarda, según la senda que emprendiera.

Yo no conocía los inmensos caminos que el hombre tiene abiertos para su dicha y para hacer eterno su nombre. Pobre é inculto zagal de ovejas merinas solo sabía leer y firmar apenas, pero ignoraba lo que se ha escrito y leído en el mundo como lo aprendí demasiado tarde; yo ignoraba que la ciencia, la virtud y las armas, ofrecían un vasto camino á la prosperidad del hombre por humilde y pequeño que fuera. Tarde llegué á conocer que el talento y la ciencia de un pobre guardian de puercos, dió á la cabeza de Félix Peretto una tiara bajo el nombre de Sixto V. Yo no sabía que la rudeza de un arador navarro y un molinero catalán, podían dar á España dos mariscales afamados, un Mina y un Manso, ni menos que adornaran sus cabezas la diadema de condes.

Yo no alcanzaba que esos tres cauces conducían honradamente á la prosperidad y á la grandeza. Yo no veía mas camino que la corriente abrasadora del oro; corrí tras él y jamás perdoné medio para alcanzarlo. Oid mis primeros pasos:

Servía desde niño en casa de un honrado padre de familia, en calidad de manadero: me trataba como hijo; le acompañaba yo en sus correrías y viajes; una tarde sombría cuando regresábamos de una fé-

ria, nos asaltaron unos ladrones en el fondo de un encinar enmarañado y desierto; internados con los bandidos en una inaccesible sierra, intimaron asesinar á aquel desgraciado, si no acudía con una crecida cantidad para su rescate.

¡Pobre padre de familia! ¿Qué había de hacer? Confiado en mi honradez, me dió orden para marchar al pueblo y conducir todo el oro en que consistía su fortuna. El se quedaba en rehenes. Oro sagrado que representaba y valía entre aquellos desalmados tanto como la vida de un honrado padre de familia. El toque del Alba del inmediato día, era el plazo prefijado é improrogable para la entrega del dinero ó para el asesinato.

La confianza que en mí tenían los desolados hijos y la dolorida mujer, puso en mis manos todo el oro que poseían y que debía servir para el rescate del angustiado prisionero.

¡Jamás había visto en mis manos tanto oro! La codicia..... el orgullo..... Todas las pasiones del infierno se me sublevaron á un tiempo. En la amarga zozobra de aquellas gentes, sembró la maldad una maldita desconfiada idea. Temían que los bandidos faltaran á la fé, y recogiendo la suma convenida, consumaran la bárbara amenaza para ocultar el crimen.

—Estais conmovido, padre mio, dijo interrumpiéndose al notar la agitacion del franciscano, que con las manos cruzadas y convulso, escuchaba con temor y ansiedad:—¡Os horrorizais!.... ¡Teneis razon! porque es ¡horrendo! Temían esta infidencia de los bandidos y no dudaban de mi lealtad, cuando ponían en mis manos la vida de un hombre representada en una crecida cantidad.

Aquella idea maldita y desconfiada fué la antorcha que iluminó mi carrera del crimen. Emprendo mi camino, fascinado, fuera de mí; las sienes se me partían, me ardía el cerebro, solo tenía frio el corazón.

El religioso oraba tembloroso y agitado.

—Seguía mi camino, prosiguió diciendo el penitente, y al pasar por un puentecillo, cercano ya al horrible teatro del crimen, me decido del todo, y protegido de la mas segura impunidad, arrojo presuroso aquel oro en medio de las turbias aguas del torrente. Los pájaros y las campanas del lugarcillo mas vecino saludaban el Alba..... no había llegado el rescate..... pasa una hora, otra hora de agonía... y ya hirieron mis oídos tres disparos en lo espeso de matorral.

—¡Ay! ¡esa suma ensangrentada representaba la vida de mi padre! exclamó el sacerdote levantando los ojos al cielo y cruzando sus agarrotadas manos sobre el pecho.

Otro ¡ay! desgarrador y sordolanzaba el moribundo diciendo: ese oro maldito fué la primera base de mi prosperidad; pero pesa hoy sobre mi conciencia como una losa de plomo; el peso que me abruma es un tardío arrepentimiento, balbuceaba anegado en lágrimas.

¡Perdon padre mio! perdonadme por el amor de Dios.

Al oír esta palabra dulce y conmovedora el caritativo religioso, habituado tantos años á triunfar de sus pasiones y de sí mismo, hizo un esfuerzo supremo para cumplir con sus sagrados deberes en aquel instante solemne, y acercándose al lecho, del cual se había alejado movido por un horror irresistible, por el odio, por el encono que debía causarle el asesino de su padre, ocupó su puesto de juez, y dijo conmovido con las manos cruzadas y sin fijar los ojos en aquella descarnada calavera. El hijo perdona, el sacerdote perdonará en nombre de Dios, que murió perdonando á sus enemigos.

El penitente continuó su confesion.

Escondido el oro, me alejé aterrado del teatro de aquella horrenda carnicería, explicando mi consternacion por la presencia del crimen, por la falta de fé de los bandidos, y atribuí mi salvacion á una ligera fuga.

Aquella familia honrada me compadeció, ni aun sospechó siquiera que yo perpetrara tan infame abuso de confianza.

La pobre madre sucumbió con dos hijos pequeños de abandono y de miseria en medio de los estragos de una epidemia; el hijo mayor que pedía limosna lo recogieron en un convento de franciscos.

Me establecí en los Velez, subiendo cada día un escalon mas en alas de la ambicion y la fortuna, pero resbalando entre sangre y lágrimas. Una voz imperiosa me arrastraba gritando: ¡sube!.... pero subía y no llegaba jamás al término apetecido. Embriagado en los vuelos de aquella ascension interminable, gocé menos salud y bienestar que el que disfrutaba en mi tranquilo rebaño de ovejas blancas. No volvieron á refrescar mi frente, ni las pasiones, ni los suaves afectos que refrigeran el alma fatigada: el amor huyó siempre espantado de mi corrompido corazón.

Apelé al lujo, al oropel; el mundo me dió fama, la Heráldica me prestó un escudo de armas; pero el escudo no dió nobleza á mi corazón; tampoco me dió realce en el mundo. El cuervo no fué mas hermoso cuando se vistió con las plumas del pavo real. Las altas clases me desdeñaron; aborrecí y maldije las altas clases, á pesar que fascinaban mi vista el oro y el bermellon de sus cuarteles.

Este odio á las gerarquías me conquistó amigos entre el pueblo que interpretaba en mi generosidad lo que era envidia.

En tanto aquella voz fascinadora me decía: ¡sube y serás rico! ¡sube y serás millonario! verás ese hermoso astro llamado soberanía, tan disputado en el mundo moderno como lo fué el vellocino de oro en el antiguo: siendo rico podrás ser átomo de esa soberanía deslumbradora, siendo millonario podrás ser satélite y girar orgulloso alrededor de ese astro.

No veía yo mas camino que el oro para completar mi carrera. Oíd mis posteriores pasos. No os olvideis que residía en Los-Velez; un honrado y laborioso jornalero encontró un día en aquellas sierras un rico filon de plata capaz de formar la fortuna de

tres príncipes. La suerte, su laboriosidad... ¡Dios! le habia deparado aquel rico presente. Las intrigas y las malas artes que yo usara para usurparle tan colosal fortuna, le privaron de ella contra toda justicia. Las persecuciones injustas que le produje para lanzarlo de su país, lo llevaron á ocultar su miseria y su dolor en un escondido valle de Sierra-Morena.

Felipe enfermó allí y murió en un hospital. Jacoba, su mujer, sucumbió en la miserable choza de Valdelagrana al tiempo de dar á luz un niño, legítimo heredero de aquella riqueza y privado de ella, vive acogido en casa de una buena mujer llamada Marta que lo adoptó por hijo.

Leed padre mío, ese articulito del periódico, y si pueden repararse aun esos males, ahí teneis mi caja, mi oro... llevadme á ella y os entregaré ese oro que he defendido tenazmente hasta en mis sueños, y redimí con él la miseria de sus legítimos dueños.

El sacerdote leía y tomaba acta del artículo que tenia á la vista y explicaba la historia y el paradero del infeliz niño Jesús Montaña, dueño legítimo de aquella usurpada fortuna. En cuanto á este, aconsejó le hiciese restitucion de la mina y sus productos por medio de una declaracion testamentaria. La pobreza evangélica que habia profesado impedia que aceptase para sí la restitucion de lo que don Ginés le habia usurpado. Aconsejó en cambio dádivas, limosnas pingües á los hospitales y mansiones de dolor terminada la confesion, absolvió en nombre de Dios las culpas del arrepentido y penitente moribundo.

Concluido este acto, se otorgaba por el paciente un solemne testamento *inscriptis* estableciendo en él una cláusula hereditaria en favor del niño Jesús Montaña, bajo las reglas de un pliego cerrado que debia abrirse con las formalidades de derecho, en el caso que aquella criatura muriese dentro de la edad de la niñez.

En la tarde del siguiente día, se celebraban unas exequias suntuosas en una parroquia de Madrid. En la misma mañana partia súbito un tren del ferrocarril del Mediodía, enagenado como el cisne que se desliza á nado por la laguna y magestuoso y coronado de pabellones de blanco humo, devoraba la distancia como si supiera ser el portador de una inesperada dicha; dejó atrás el Manzanares, sus pintorescos lavaderos, las florestas de Aranjuez y las orillas del Tajo. En un wagon de segunda clase del mencionado tren, se veia sentado en un rincon al pobre franciscano, confesor de don Ginés Atienza, con un breviario en la mano y un pequeño baul-maleta á sus piés, cuyo objeto vigilaba con grande afán; á poco rato de su instalacion allí, preguntaba á sus compañeros de viaje cuántas horas se invertian para arribar á Andújar.

VIAJE DEL CAPITAN BURTON

Á LOS LAGOS DEL ÁFRICA CENTRAL Y Á LOS MANANTIALES DEL NILO.

Continuacion.

Concluido el molesto trabajo de comprobar cuentas y firmar recibos, tuve que llenar el triste deber de despedir-

me de mi excelente y verdadero amigo, en cuyas nobles facciones estaba marcado ya el sello de la muerte. Dirigió-me sus últimos consejos, recomendándome con instancia que marchase directamente adelante, y que tratase de ganar, en tanto que me fuese posible, la confianza de los árabes. Hablóme en seguida de sí mismo; su fé religiosa le hacia contemplar con júbilo y resignacion su próximo fin; añadió que si yo permanecía mas tiempo en Kaole, esperaba que la mar le serviría de tumba. En todo caso estaba resuelto, á pesar de mis súplicas, á permanecer al ancla enfrente de la costa, hasta que hubiese sabido que yo habia atravesado dichosamente el país de los feroces wazaramo. ¡Cuán digno de admiracion era tanto valor!

Despues de este supremo adios, que me destruyó el corazon, abandoné *l'Arthémise* y salté en tierra; hice partir inmediatamente, á las órdenes de mi compañero el capitán Speke, á los beloutchis encargados de la conduccion de los asnos, por temor de que una estancia mas prolongada en la costa concluyese de desmoralizarlos completamente. Ya antes habia despachado á los portadores del Unyamwesi, cuyas alegres y joviales fisonomías me prevenian en su favor. Pasé esta última noche en Kaole con Ladha-Damha, que trató de sermonearme por mi temeridad. «¿Por qué razon, me decía, un gran sábio como vos no se contenta con vivir tranquilo en Inglaterra ó en la India, á imitacion de tantos otros que no tienen nocion alguna de comercio?»

Debo manifestar que la mañana del mismo día, habiendo solicitado del recaudador de la aduana que inscribiese por mi cuenta una canoa que debia comprar yo en el mar de Ujiji, oí que el respetable funcionario decía á su no menos respetable asociado en dialecto hindo, que yo comprendia sin que ellos lo sospechasen: «¿Podrá por ventura llegar nunca allá?» «No por cierto, repuso el honrado Ramji, todo lo mas que podrá conseguir será llegar hasta Ugogo,» (es decir, á la mitad del camino). Aunque entonces no me di por entendido, tuve ocasion despues de hacer comprender á Ladha que no solo entendia su lengua natal, sino que pensaba llegar á Ugogo y aun explorar el mar de Ujiji, y que me hallaba en disposicion de distinguir perfectamente el *debe del haber* en todas las páginas de su voluminoso registro.

Esta conversacion, que habia tenido lugar durante el silencio de una noche tropical, fué interrumpida de repente por ruidosos lamentos: «¡Oh, hijo mío! ¡esperanza de mi vida! ¡Oh, hermano mío! ¡mi querido hermano! ¡Oh, mi marido! ¡mi adorado marido!» Tales eran las exclamaciones de dolor que llegaban á mis oídos. Salimos al momento y se nos dijo que el hijo único del venerable Diwan Ukwero acababa da ahogarse en el rio Kingani con dos de sus criados, en el acto de pasarlo en una canoa, echada á pique por un furioso hipopótamo herido.

«Sed sincero, me dijo el banyan, y confesad que es la primera de las desgracias que vuestra presencia debe causar en este país.»

Varias veces habia ya disputado con Ladha Damha acerca del derecho que yo me atribuia de tirar sobre los hipopótamos. «¿Cómo podeis encontrar malo, le respondí, que mate un despreciable anfibio, un hipopótamo, vosotros que provocais la destruccion de centenares de elefantes, á fin de comprar el marfil? ¿Cómo vosotros, prontos á arruinar á vuestro vecino para realizar el mas débil lucro, podeis con-

denar un acto tan inocente como la caza? » Ladhá Damha no se mostró convencido, pero se contentó con acoger mis objeciones desdeñosamente.

Tan luego como el hindo me hubo dejado solo, sentíme presa de la tristeza y del desaliento. Decididamente todas las probabilidades se conjuraban al parecer contra mí. Había recibido en el Cairo la orden de volver á Londres para declarar como testigo ante un consejo de guerra: tan absurda era la misiva, que no la juzgué bastante eficaz para hacerme faltar á mis compromisos con la Sociedad Real: no me hacia, sin embargo, ilusiones acerca de los resultados de mi desobediencia. Una entrevista con M. d'Escayrac de Lauture me había permitido admirar la perfección de los preparativos de la expedición del Nilo organizada por él, y de pensar en la insuficiencia de mis recursos. Había deseado tener por compañero un médico instruido, y había encontrado en Adem un doctor alemán de mucho mérito; pero una enfermedad se había complacido en privarle de partir conmigo, incapacitándole: sentíame por lo tanto moralmente solo, puesto que el compañero que tuve que escoger no era amigo mío. Como base de operaciones, para apoyar la expedición debía aguardar la llegada de un buque de la compañía de las Indias; mas la guerra de Persia lo había retenido en aquellos mares. Carecía además de un subalterno que me ahorrara la fatiga de las observaciones astronómicas.

Pero aun había mas. El último sultán de Zanzibar, Sazzid-Said, que en su ardiente deseo de que se llevase á cabo la expedición de que yo estaba encargado había prometido contribuir á su buen éxito prometiendo todos los recursos de que disponía, había muerto cuarenta días antes de mi llegada. El coronel Hamerton, cuya influencia era mi única esperanza, estaba á las puertas del sepulcro. En fin, á mi acreditada experiencia del Oriente no se ocultaba que al penetrar en el interior del Africa tropical, inmediatamente despues de la cesación de las lluvias y cuando se exhalan en abundancia miasmas infectos, iba á hallarme sometido al deletéreo influjo de la *malaria*.

Escusad, amigo lector, la egoísta debilidad que me ha impulsado á publicar estos pormenores como prefacio de mi libro:

II.

Desde la costa del Océano hasta Zungomero, por los valles del Kingani y de la Mgeta.

Bello espectáculo presentaban los beloutchis saliendo de la aldea de Kaole, armados con sus fusiles de mecha, sus sables, sus puñales y escudos, marchando formados en fila india en pos del estandarte rojo de su viejo jefe de blanca barba: eran 100 próximamente los que me escoltaban, la mayor parte bajo el mando del venerable jemadar Mohammed, en muestra de respeto, hasta Kingani, pequeña aldea donde me esperaba ya el capitán Speke. Formaba yo la retaguardia acompañado de Said-Bin Salim, mi criado portugués Valentin, tres beloutchis y dos esclavos, y llevando tres asnos de carga, que despues de haberse entregado á los mas extravagantes caprichos de su indócil natural, concluyeron por arrojar en un cenagal, viéndome en la precisión de remediar por mí mismo tal inconveniente, puesto que los beloutchis se alejaron dejándome solo. A pesar de este percance llegué al término de nuestro viaje.

Empleamos la mañana del 28 de junio, en disponer los preparativos de viaje. Visitóme en mi tienda Ramji, el negociante hindo, que se presentó armado como lo hacen alguna vez las personas de su raza y condicion, con sable, lanza y escudo, lo que no era de estrañar en Ramji que gozaba de una reputación eminentemente militar. Trece años antes había defendido con un puñado de soldados de Sazzid la aldea de Kaole contra un ejército de 3,000 wazaramo, y á falta de balas hubo de cargar su viejo cañon y sus mohosos fusiles con bastones puntiagudos. A su belicoso ardor unia una notable habilidad siempre que se le presentaba ocasion de hacer pasar á su bolsa el dinero de la agena, lo que no tardé en conocer á mis espensas.

La noche del mismo día, habiendo notado la inquietud que manifestaban el jemadar y sus soldados, adopté el partido de llamar un *mganga*, adivino del país, al que prometí una recompensa proporcionada á la naturaleza de sus profecías. Toda la tropa se reunió presurosamente en torno de él: era un anciano de porte distinguido, segun se deducía de sus numerosos collares y de la pieza de lana anudada alrededor de su cabeza: sentóse en frente de mí, y á la usanza antigua, comenzó por reclamar el salario. Cuando hube satisfecho su demanda, tomó magestuosamente un polvo de tabaco en una reducida calabaza que le servia de tabaquera, y procedió en seguida á sacar de un gran saco de estera los utensilios de su arte, y en primer lugar otra calabaza que contenia el específico admirable y universal, que ninguna mirada estraña debía profanar: agitada varias veces por su feliz poseedor, despidió la vasija un sonido vulgar; como si estuviese llena de guijarros y pedazos de metal.

El adivino exhibió luego dos grandes cuernos de macho cabrio adheridos á ambos extremos de una piel de serpiente y decorados con pequeñas campanillas de rara forma: conservando uno de ellos en su mano izquierda describió con la derecha algunos círculos con la larga punta del otro cuerno, que dirigió, ya hácia mí, ya hácia él mismo, ya hácia tal ó cual, de los asistentes estupefactos, murmurando palabras inarticuladas, moviendo la cabeza, columpiando el cuerpo y agitando violentamente y por intervalos las campanillas. Cuando se creyó suficientemente impregnado de inspiración poética y en comunicación con el espíritu de los muertos, se espresó en el pomposo lenguaje empleado por sus ascendientes en todos los países del mundo:—«El viaje será próspero.—Mediarán muchas palabras, pero se verterá poca sangre.—Antes de navegar en el mar de Uji-ji, los viajeros deben tener cuidado de matar y arrojar al lago un carnero ó una gallina de dos colores.—La caravana debe obtener feliz éxito.—Encontrará marfil y esclavos en abundancia. Los que la componen volverán dichosos al seno de sus familias.»—Said Bin Salim, enagenado de gozo, me confesó que antes de abandonar á Zanzibar, había consultado también á otro mago que le había hecho iguales predicciones.

La música y la danza amenizaron el resto de la noche. Yusu, uno de los beloutchis, tocando un *saringi*, esto es, una viola del país, puso en movimiento á todo el mundo. Hulluk, el bufon de la comitiva, desempeñó con notable perfección el papel de bailarina; hizo toda clase de juegos de equilibrios y de dislocaciones; imitó los gritos del perro, del gato, del mono, del camello, de la joven esclava, y



HEMEROTECA
MUNICIPAL

MADRID

concluyó parodiándome á mí mismo en mis barbas con un descaro inaudito. Dile un dollar, y me reclamó otro con suma desvergüenza.

El 29 de junio me despedí del viejo jemadar Mohammed y demás dignidades, despues de haber arreglado mis cuentas con Ladha-Damha, y reconocido y cargado todo el bagaje: montando en seguida en mi asno, di la señal de partir: despues de cuatro horas y media de trabajo é incomodidades, la columna se puso en movimiento. Entre los desagradables incidentes del dia, citaré el acto de violencia de un pícaro llamado Rahmat, que formaba parte de la escolta durante mi escursión á Fuga: furioso porque yo me habia negado á llevarle otra vez conmigo, me apuntó con su fusil esclamando: *Mimi na piga*, «quiero matarle.» El jemadar Yarukr desvió el largo cañon de hierro que probablemente no estaria cargado, y despidió á Rahmat, que se fué refunfuñando á su pocilga. Un negro, cubierto con un turbante, apareció luego en el que seguíamos; y como rehúsase contestar á nuestras interpelaciones, recibió en el rostro una puñada asestada por mi esclavo Mabruki. Súpose que era un diwan; el caso era grave, y podria dar margen á efusion de sangre. A pesar de todo conseguimos llegar al punto donde debíamos hacer alto, despues de haber atravesado un canton que presentaba por todas partes campos cultivados: ví en los bosques hermosos árboles que se encuentran tambien en la India.

La jornada del siguiente dia fué notable por un extraño concurso de las amarguras que experimenta con frecuencia el viajero europeo en esta parte de Africa. El lugar donde estábamos, se denominaba Bomaní; y aunque el aire es muy denso, el sol abrasador y los misticos insoportables, es el sitio escogido por las caravanas para dar fin al arreglo de sus preparativos antes de penetrar en el país de los salvajes. Hallárame convencido de la necesidad de avanzar rápidamente; empero no pude conseguir que los beloutchis se pusiesen en marcha: pedíanme tabaco los unos, y yo se lo concedia; los otros alambre, y yo les daba collares. Todos ellos, si bien habituados desde su infancia á conducir asnos, se quejaban en alta voz de verse obligados á cargar y descargar todos los dias semejantes animales. Un wazaramo, nuestro guia, rehusó conducirnos mas lejos, y desapareció, llevándose los veinte dollars que le habia yo adelantado, lo que hubo de causar alarma á mi tropa. Algunos beloutchis daban muestras del odio religioso que nos profesaban al capitán Speke y á mí: habiendo oido á uno de ellos decir en árabe incorrecto son «*kafirs*, infieles, no deben llevar nuestra bandera», manifesté en alta voz que dispararia un tiro al primero que se atreviese á repetir tal proposición. Esta advertencia restableció en el acto el silencio; empero el miedo reapareció mas triunfante todavia una vez entre aquellos hombres, que, con su barba de ébano y sus centellantes ojos, poseen corazones de gallina. Los salvajes, se decian, habian construido barricadas con objeto de cerrarnos el paso. Phazi-Mazungera, el asesino de M. Maizan, habia reunido un ejército de algunos millares de hombres. Los wazaramo se levantaban por otra parte en masa contra nosotros. Tales rumores causaban un pánico espantoso en tan débiles almas. Unas cuantas palabras agrias, cambiadas con los habitantes de una aldea, hubieron de tenerles desvelados toda la noche con las mechas encendidas. Habiendo entrado en otra ocasion en nuestro

campo una hiena, produjo tan espantosa confusion como si se hubiera tratado de una matanza general: un esclavo aterrado huyó, y desde aquella desercion, que era la primera, no hay un solo hombre de nuestra tropa, incluso nuestro guia en jefe Said-Bin-Salim, que no haya intentado buscar su salvacion separándose de nosotros.

Puesto que he escrito la palabra *esclavo* cúpleme, explicar la razon de encontrarse esclavos en nuestra compañía. No hay un sirviente libre en Zanzibar, ni en la costa, y sin embargo no se usa en aquel país la palabra esclavo. Por tal motivo, veíame obligado á emplear esclavos en mi servicio, aunque los trataba como á hombres libres. Yo no podia, por lo demás, impedir á Said-Bin-Salim, yaun á los beloutchis que me escoltaban, comprar un esclavo cuando se les antojaba. Todas mis objeciones se estrellaban contra la siguiente respuesta: «nuestra ley nos autoriza para ello, y el cónsul nos lo ha permitido.» Hube de contentarme, por lo tanto, con vigilar para que los esclavos no fuesen maltratados, y recibiesen alimento y vestidos suficientes. Además rehúsé constantemente todos los esclavos que me fueron ofrecidos en cambio de mis obsequios, y dije en todas partes á las tribus del interior que los ingleses proseguian sin tregua en el fin que se habian propuesto de suprimir la trata de negros.

Nuestra partida de Bomaní tuvo efecto el 1.º de julio imponiéndome una vez mas trabajo impropio. Víme obligado á arrancar de sus chozas á los perezosos, á hacer alternativamente uso de promesas y amenazas, de lisonjas y reproches, y á servirme, aunque con mesura, de un palo... De tal suerte permanecí espuesto al sol desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde en que nos pusimos en marcha. Habia dispuesto yo que cada bestia de carga fuese acompañada por dos beloutchis, uno para conducirla, el otro para hacerla andar. En caso de ataque, la mitad de los hombres debia avanzar en torno del capitán Speke que iba al frente de la columna, y la otra mitad replegarse á retaguardia alrededor de mi bandera, á fin de dejar los bagajes entre ambos grupos armados. El resultado de estas pintorescas disposiciones estratégicas fué el llegar en vistosa confusion, despues de algunas millas de camino por un bosque y por el valle de Kangani, al pueblecillo de Mhwajula-Mvuani, es decir, del *Tamarindo en las aguas*.

Aquella estacion es la última del territorio dependiente de Bagamoyo; allí obtuve por 27 dollars que un jóven diwan llamado Muinyi-Wasira consintiese en servirme de intérprete y guia á las inmediatas órdenes de Said-Bin-Salim. La jornada fué bastante fértil en incidentes. Matamos una serpiente; oimos luego en lontananza el disparo de un fusil que dió margen á variadas conjeturas: supimos en seguida que los hijos de Ramji, con objeto de librarse del trabajo de construir alrededor del campo la empalizada de espinas destinada á ponernos al abrigo de todo ataque de parte de los hombres de las fieras, habian tenido cuidado de perder las hachas y azadones que con tal objeto les habíamos entregado. Por fin, eran las siete de la tarde, y aun no habia yo podido conseguir que mi gente contase y pusiese trabas á los asnos.

Said-Bin-Salim, confiado en lo poco que le aquejaba el sueño, habia cometido la imprudencia de encargarse de la custodia de los tres porteadores wanguru, que reducidos poco antes á la condicion de esclavos, y no habituados

todavía á ella, habian sido encadenados *pro tempore*: les habia hecho acostar en su tienda, tambien bajo la vigilancia de otros cinco esclavos de su confianza. Empero cuando se duerme poco, se duerme profundamente: durante la noche anterior los tres salvajes se habian escapado llevando consigo un fusil, una hacha y otros objetos. Sucede por lo comun en casos semejantes que los esclavos, degüellan al amo á quien abandonan por haberse irritado de tan terrible peligro felicitamos á Said-Bin-Salim, lo que lejos de producirle satisfaccion, le afligió mas, puesto que su reputacion de vigilancia habia sufrido con tal suceso un rudo golpe. Los esclavos armados que habia enviado en persecucion de los fugitivos, volvieron despues de un dia de ausencia sin haber conseguido su objeto. En cuanto á mí, causóme suma complacencia ver que habian recibido la libertad los tres miserables encadenados.

Siguiendo paralelamente el curso del rio llegamos el siguiente dia á la aldea de Nzaza, compuesta tan solo de algunas chozas. Nuestra comitiva quiso desde luego establecerse en el *bandani*, es decir, en el edificio destinado á las reuniones de los habitantes para deliberar en los asuntos de interés público; empero Said-Bin-Salim, con su penetrante mirada, mas penetrante aun á causa del miedo, descubrió un gran tambor que podia estar preparado para la guerra como para la danza, por cuya razon dispuso que el campamento se alzase en un bosquecillo cercano, que ofrecia ventajas para la defensa en caso de ataque. Visitáronme en él tres jefes, de los cuales se llamaba el principal *Calabaza de veneno* y el segundo *Piel de león*: intimidados por el número de nuestros fusiles, iban á preguntarme si pretendia vengar la muerte de mi hermano blanco (M. Maizan). Luego que les hube asegurado que mis intenciones eran pacíficas, me dijeron que debia hacer alto en el lugar donde estaba y enviar un mensaje á la aldea cercana que teníamos que atravesar. Respondí que no estaba obligado á conformarme con sus usos, pero que me hallaba dispuesto á pagar las infracciones que cometiese.

Durante este coloquio, Yusuf, uno de los mas turbulentos beloutchis de mi escolta, amenazó con su sable á una mujer que rehusaba cederle un cesto de granos, pero la vieja y negra Medusa se precipitó furiosa en medio de nosotros exhalando quejas muy poco conformes con el espíritu de nuestras conciliadoras protestas. Calmada la primera impresion de tan desagradable incidente, preguntó uno de los jefes qué motivo habia impulsado al hombre blanco á introducirse en su país, prediciendo la pérdida de su comercio, de sus tierras y de su libertad. «Soy muy viejo en verdad, añadió con acento patético; mi barba está ya canosa, y, sin embargo, no he sido jamás testigo de una calamidad tan grande como la actual.—Los dos hombres blancos, contestó Said, no venden ni compran cosa alguna, no se informan del precio de vuestras mercancías, ni aspiran á ganancias; por otra parte, ¿qué teneis que perder? los árabes os arrebatan lo mejor que poseeis, y los habitantes de la costa se apoderan del resto.» Un regalo, cuya magnificencia ignoraba á fé mia, y que puso fin á la arenga de Said, conmovió de tal suerte el corazon de los tres jefes, que uno de ellos, Calabaza de veneno, despues de haber alabado nuestra generosidad, consintió en servirnos de guia durante algunos dias. A medio dia el tambor llamó á las mujeres, que ejecutaron delante de nosotros una danza en extremo

singular: recompensélas por ello con algunos collares, como me bajase para recoger uno que se me habia caído, me dijo vivamente al oído Said-Bin-Salim que no se bajes para que las mujeres esclamasen despues de mi partida, y refiriéndose á mí, «no se baja ni aun para recoger un collar.»

Por la noche fui á reconocer el rio Kingani, que divide en este punto la llanura enteramente cubierta de verdes campos de arroz, patatas y tabaco, en los que aparecen algunas aldeas. La anchura del Kingani es de 50 metros próximamente. No puede vadearse por ningun punto, como lo demuestran los barcos de pasaje destinados á las diversas cabañas; puede remontarse en canoa desde la mar, si bien la presencia de los cocodrilos é hipopótamos, que en gran número lo pueblan, hacen peligrosa tal navegacion.

El dia siguiente, apenas habíamos pasado un cementerio de los naturales y una especie de templo que contenia un ídolo, cuando oí agudos gritos en la vanguardia, lo que me anunciaba un desagradable incidente. En efecto, un jefe del país, con una docena de hombres armados, obstruía el camino y exigia los derechos de pasaje. En vano el capitán Speke trataba de hacerle comprender que, habiendo pagado ya la víspera, nada debíamos... Apresuré el paso, y tan pronto como mi bandera, en torno de la que se agrupaba el resto de la tropa, apareció en la cima de la colina, los opositores cobraron miedo y nos dejaron libre el camino.

Al atravesar un valle surcado por un riachuelo, tributario del rio Kingani, observé por la primera vez animales de diversas especies, como la zebra, el antilope, la pintada, la perdiz, la codorniz, el pichon verde y el faisán de Malabar. Deliciosos bosques daban sombra á las numerosas aldeas diseminadas en todas las pendientes.

Luego que hubimos llegado al lugar donde debíamos hacer alto, llamado Kyranga-Ranga, en el territorio de los wazaramo, los beloutchis que el sultán habia puesto á mi disposicion en Zanzibar comenzaron á disputar tan violentamente con los alistados por Latha-Damha en Kaole, que estos adoptaron al punto la resolucion de volverse á sus casas. Informado de esta desercion por Said-Bin-Salim, que aseguraba ser premeditada y que serviria de funesto ejemplo al resto de mi tropa, reuní inmediatamente los jemadars, y en su presencia escribí una carta en que daba cuenta del comportamiento de sus soldados al coronel Hamerton, á quien suponíamos todavia anclado en la bahía de Kaole. Viendo el castigo en perspectiva como término de la aventura, el viejo jemadar Yaruk, tipo enérgico y pintoresco á la vez del soldado mercenario del Beloutchistan, ciñó su sable, echó su escudo á la espalda y partió rápidamente en persecucion de los desertores, á quienes alcanzó y consiguió atraer á su deber.

El país presenta una fertilidad admirable y árboles de gran magnificencia. Habiendo comenzado ya las abundantes lluvias que preceden al verano, me vi obligado á apresurar la marcha, á pesar de los presentes que me hacian los jefes de los wazaramo á fin de que me decidiese á quedarme entre ellos. Creo inútil añadir que los regalos fueron pagados con esplendidez por el tímido y generoso Said-Bin-Salim.

La estacion á donde llegamos el 15 de julio se llamaba



gían á la costa, y que llevaban esclavos del interior encadenados por el cuello.

(Se continuará.)

REVISTA DE MADRID.

Si tuviésemos que pasar una verdadera revista de la corte de España, nos asustaría la sola idea de trabajo tan grande.

Revistar á Madrid como un general hace con su ejército, como un avaro con sus talegas, un cazador con su escopeta, y un ministro con los destinos de que puede disponer, ó con los votos que tiene en el Congreso, es punto mas que difícil.

Y sin embargo, desde que hay periódicos en la villa *ursaria*, hay revistas en los periódicos de la villa del oso. Lo que prueba que no existe un solo revistero á quien importe un comino la grave dificultad de una revista.

El periodismo es la escuela de los bravos. Larra dijo algo acerca de esto; es verdad que Larra dijo muchas cosas, unas buenas y otras malas, aunque en mayor número las primeras que las segundas.

Pero lo que no dijo Fígaro, ni habría sido posible que lo dijese, es cómo ó de qué manera se escribe una verdadera revista de Madrid. Cómo se habla de lo que pasa en la bohardilla; de lo que ocurre en el palacio, y en la casa á la malicia del barrio de Maravillas; de lo que se ve á la margen del Manzanares pátrio, que algun adjetivo ha de tener, pues no hay rio sin adjetivo, y lo que se ve entre los álamos del Prado; de lo que acontece tras de la mampara ministerial y en medio de la calle tras el sombrero napoleónico de un municipal; de lo que se habla en la tertulia aristocrática y al rededor de la fuente de vecindad; de lo que se aplaude, en fin, en el teatro de la Plaza de Oriente y en los espectáculos de *Mundo-nuevo* establecidos en la Plaza Mayor y en la fuente de las Cuatro Estaciones.

Fígaro, con ser Fígaro, no se atrevió á tanto, por mas que no haya gacetillero de veinte duros al mes, sin comida ni ropa limpia, que deje de pasar su revista semanal á esta antigua capital de dos mundos, pintados en una tabla.

Y es que los adelantos, y el buen gusto de la época, y la estension de los conocimientos humanos, y las revoluciones de las inteligencias, y la filosofía, y las artes, y la ciencia infusa, y el esperitismo quemado en Barcelona, y mil otras cosas y causas nos ponen muy sobre aquel malaventurado crítico: ¡Qué sabia el autor del *Siglo en blanco* de cuestiones de revista! Hoy la universidad de los conocimientos facilita todo género de cuestiones. Hoy somos mas escépticos, menos creyentes, lo que siempre es una ventaja; y podemos subir á la bohardilla, y bajar al sótano, entrar en el palacio y en el cuchitril inmundo del pordiosero, y tomar de aquí y de allí noticias, razones y pinturas.

¿Quién puede de esta manera ganarnos á escribir revistas? Y si no, allá vá una prueba:

En la bohardilla, es decir, en todas las bohardillas hay, ó un matrimonio que se *lleva bien*, aunque come mal; ó un *arreglo* que come bien, pero que *se lleva mal*; ó una chicuela que ni come ni hace mas que *pasear y lucir*; ó una viuda con muchos hijos, que ni come ni pasea, ni luce; ó, en fin, un *hidalgo* de aquellos de quienes decia Don Quijote que, ván dando pistos á la honra, comiendo mal y a puerta cerrada, haciendo hipócrita el palillo de dientes con que salen á la calle despues de no haber comido cosa que les obligase á limpiárselos.

En el principal, y dejamos el sotabanco para otra ocasion, hay un empleado que no tiene sueldo sino para quince dias del mes, y no se cuida de cómo su mujer se lo proporciona para los otros quince; ó un escritor de zarzuelas, á quien el editor no paga, y que en consecuencia, no paga á sus acreedores; ó una bella malmaridada, que en despique de ciertos desdenes maritales, cultiva amistades sospechosas; ó una mona vieja de crecida viudedad que, como artículo de lujo, paga á cierto advenedizo primito sus amores trasnochados; ó un hacendado manchego que vive en la corte porque su hijo estudie leyes, mientras el vástago estudia solo las leyes del juego y del amor; ó, finalmente, prestamista sobre alhajas, que alhaja su bolsillo con las vanidades ajenas y con la desvergüenza propia.

Tras de la ministerial mampara, se vé al pretendiente encanecido y á la alta ramera, pedir cada cual por su parte, el destino que al fin se lleva la hermosa para venderle despues por una pulsera, ó tal vez por viles billetes de banco; al capitalista esquilmador contratar un empréstito de millones con una ganancia exorbitante, de la que invierte, una parte en comprar un aderezo para la esposa de un *alto funcionario*, y la orden inmediata de apremio contra un pueblo que debe su contribucion porque perdió su cosecha.

Tras del sombrero tripunte...

Pero ¿á qué seguir? Cuanto decimos es viejo y nuevo; viejo, porque há tiempo que sucede; y nuevo, porque sigue sucediendo.

Las observaciones de una revista de Madrid, pueden reducirse á una sola.

Debajo de las tejas, miseria; en medio de la casa, vanidad; en la calle la vanidad y la miseria de arriba codeándose, sonriéndose, marchando unidas como buenas compañeras.

Es verdad, que todo esto lo dijo tambien Fígaro, y lo han dicho otros muchos que no escribian revistas; de manera que debemos volver su honra al *Pobrecito Hablador*, y convenir en que, tratándose de la corte, de nada sirve la universalidad de los conocimientos, ni otras mil tonterías de los modernos tiempos.

Editor responsable, D. MANUEL MARTINEZ.

MADRID, 1861:

Imprenta de la CRONICA DE AMBOS MUNDOS, á cargo de R. Berenguillo, Magdalena, 38, principal.